

**BRU
GÜE
RA**

BOLSILIBROS

FUTURO

HORROR LLOVIDO DEL CIELO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION



CONQUISTA ESPACIO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

FUTURO

HORROR LLOVIDO DEL CIELO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





La conquista del
ESPACIO

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN
LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto

Punto Rojo

Selección Terror

La Conquista del Espacio

CURTIS GARLAND

**HORROR
LLOVIDO
DEL CIELO**

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 732

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

1.^a edición en España: enero, 1985

1.^a edición en América: julio, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5 08006 Barcelona (España)

© Curtis Garland 1985

texto

© Archivo Bruguera 1985

cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 28.390 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, Km 21.650. Parets del Vallès Barcelona – 1985

CAPITULO PRIMERO

Llegué recién iniciado agosto a aquel pequeño y encantador pueblecito de Iowa. La dorada tarde, con el fuerte sol declinando ya tras los campos de maíz y de trigo, parecía saludarme gozosa y radiante con el trino de los pájaros en las copas de los árboles o revoloteando sobre las rubias espigas. A mi alrededor, pequeñas granjas, cobertizos, graneros y viviendas aisladas, iban formando un conglomerado cada vez más denso, hasta formar el conjunto de edificaciones de la población propiamente dicha, con su peculiar calle principal bordeada de porches, muy al estilo del Medio Oeste americano.

Me bastó preguntar a dos granjeros para saber dónde estaba mi residencia veraniega. Fue suficiente preguntar por la casita de la señora Flossing, para que me indicasen la elevación cercana, en los límites del pueblo, donde sobre la suave loma se podía ver, alumbrada por el rojizo resplandor del crepúsculo, una edificación de dos plantas, pequeña y acogedora, rodeada por arbustos y un par de delgados arbolitos a ambos lados, como frágiles centinelas flanqueando la que había de ser mi residencia de vacaciones.

Claro está que no iban a ser aquéllas unas vacaciones propiamente dichas, ya que pensaba trabajar intensamente durante las largas mañanas cálidas y las suaves tardes amables de tan apacible y encantador lugar. Pero sería el mío un trabajo realmente creativo, independiente, no el que me veía obligado a realizar día tras día en mi empresa de la gran ciudad.

Mi viejo coche rodó por en medio de la población, contemplado con rutinaria curiosidad por los vecinos de la localidad, algunos de ellos vestidos con monos azules de dril y fumando tranquilamente en pipas de madera toscamente talladas. Se cubrían del sol con sombreros de paja, muchos de ellos deshilachados o rotos. Sus rostros eran curtidos, rugosos, con ese tono que sólo puede dar el aire libre, el sol de cada día y el contacto cotidiano con la campiña. Algunos me saludaron con indiferencia, agitando un brazo, y yo respondí al saludo.

Pasé delante de la oficina postal local, de una herrería y establo donde se veían alineados varios carruajes de caballos, en contraste con los tractores y Land Rovers aparcados en algunos sitios de la población. Dejé luego atrás el cinematógrafo local, donde exhibían

una vieja película de aventuras que me trajo evocaciones de mi infancia: tal era su antigüedad. Inmediatamente pensé que el cine no iba a ser mi relax precisamente, durante todo aquel verano. Pero dudaba mucho que allí hubiera videoclub o posibilidad de obtener grabaciones de películas para un televisor.

Dejé también atrás La pequeña capilla anglicana y un almacén que parecía vender de todo, desde tarjetas postales descoloridas por el sol, hasta neumáticos de coche, pasando por latas de conserva, rifles y botellas de licor entre mil heterogéneas mercancías. Poco después rebasé un feo edificio destinado a fábrica de hielo a juzgar por lo que decía un rótulo en su fachada.

Finalmente, vi ante mí la ladera suave que conducía a lo alto de la loma. Y arriba, con su tejadito empinado y su inevitable porche, la casita que yo iba a ocupar. Leí en un tablón puesto en el camino, las palabras pintadas sobre una flecha que apuntaba directamente a la edificación:

ARMFIELD HOUSE

Propietaria: señora Flossing.

Razón para arrendamientos: Calle Mayor 27

Subí con el coche, esperando que la propietaria estuviera esperando mi llegada y no tuviera que bajar de nuevo al pueblo para buscarla en su domicilio.

La señora Flossing había hecho algo más que eso: encontré la llave puesta en la cerradura de la puerta, y un papel escrito adherido con tiras de papel engomado a la puerta vidriera provista de postigos de madera:

«Sr. Sheybal:

»Le dejo la llave. Tiene todo en orden y a punto dentro de la casa. Incluidos algunos alimentos en la cámara frigorífica, por si acaso. Tengo cosas que hacer esta tarde y no podré atenderle hasta mañana. Bien venido a su casa.

Era encantadora la hospitalidad y confianza de aquellas gentes, pensé con agrado, comparándolo con la hostilidad agresiva de la gente de la ciudad, que nunca se fía de nadie. Una llave en la puerta, alimentos en la cámara, una cordial bienvenida de alguien a quien no conocía más que por la referencia de la agencia inmobiliaria que me arrendó la casa... Aquel sitio empezó a gustarme justo entonces.

Yo no sabía, no podía saber, en qué iba a terminar todo aquello, y lo poco que en breve tiempo me llegaría a gustar Plain Meadows, el lugar apacible que yo eligiera para mis vacaciones veraniegas.

Por entonces, sin embargo, la pesadilla estaba aún lejos de mí. No demasiado, pero lo suficiente como para no sospechar ni remotamente su existencia en el futuro inmediato.

Ciertamente, la señora Flossing había cumplido lo anunciado. Me maravilló encontrarme en la cámara un par de botellas de leche, naranjada en tetra-pack, mantequilla, huevos, bacon, salchichas, pan de molde, unas botellas de cerveza y hasta una de vino blanco, así como agua mineral y soda. Encima de la mesa de la cocina, una factura del almacén local totalizaba una cuenta de catorce dólares con ochenta centavos, sin duda importe de todo lo que tan precavidamente había puesto mi patrona en el frigorífico. Sonreí, guardándome la nota para abonarla en su momento. En la cocina hallé también un bote de café soluble, un estuche de bolsitas de té y azúcar en terrones. A la señora Flossing no se le olvidaba nada. Incluso había jabón y detergente a mi disposición. Y de todo eso no había factura alguna por ninguna parte.

Plain Meadows ganó muchos puntos en mi consideración con aquellas primeras impresiones sobre la cordialidad de sus gentes. Me dije que posiblemente iba a pasar un mes de agosto particularmente agradable en aquel bucólico rincón del mundo. ¡Dios, qué equivocado estaba entonces, sin yo imaginarlo!

Descargué mi equipaje, no demasiado voluminoso, y me dispuse a acomodarme en mi nuevo alojamiento. Todo estaba pulcro, limpio y bien acondicionado. En la salita había un pequeño televisor en color de unas doce pulgadas, pero como imaginaba, ni sombra de un video para proyectar algo en los ratos de descanso. Ten dría que conformarme con la emisora local de TV y las que se captaran en aquella zona de Iowa.

Me puse cómodo, encendí las luces y salí al porche a fumar un cigarrillo, tras descorchar una botella de cerveza fría. Examiné atentamente las luces del pueblo, diseminadas allá, ante mí, en el llano que daba sin duda el nombre al lugar (1[1]). Desde alguna parte, llegaba músicaailable moderna, algo de Michael Jackson, me pareció. Siguiendo el origen de los sonidos, mis ojos vislumbraron una puerta y unas vidrieras iluminadas, allá frente al cinematógrafo.

—La cantina, sin duda —dije en voz alta, paseando por la acera de tablas del porche, en un anochecer azulado, calmoso y cálido, aunque de vez en cuando un leve soplo de brisa seca me golpeaba con fresca caricia el rostro. Apuré un buen trago de cerveza y chasqué la lengua—. Tendré que visitarla, tarde o temprano. No parece haber aquí demasiados sitios para pasar un rato...

Miré al cielo, estrellado y sin una sola nube. Ya me había parecido antes que había cierta sequía en la zona. Grietas inconfundibles en ciertas tierras de cultivo por el camino, las mieses algo reseca, la ausencia de charcos y la escasa profundidad del cauce en un arroyo cercano. Debía hacer tiempo que no llovía, y el verano había sido bastante riguroso aquel año en el Medio Oeste. Las estrellas brillaban limpiamente en un firmamento azul y despejado que no hacía presagiar lluvia alguna en las próximas horas.

Apuré cigarrillo y cerveza. Me encaminé al interior.

Un grillo cantaba risueñamente cerca de la casa. Me gustaba el campo, me gustaban los grillos, me gustaba la paz. Al lado de esto, la ciudad era una jungla infernal de asfalto, cemento, vidrio y acero, una insoportable trampa asfixiante para el pobre hombre de nuestro tiempo.

Cerré la puerta vidriera, sin pensar siquiera en ajustar el postigo de madera. Era evidente que en aquella comunidad todo el mundo confiaba en su vecino. No es habitual en sitios donde haya desconfianza o recelo dejar una llave puesta y una cámara repleta de alimentos, a merced de cualquiera.

Di la luz del living. Puse mi radio a transistores sobre un mueble y la conecté, buscando una emisora que transmitiera música ligera. La encontré sin problemas, y me puse a ordenar mis libros, tanto los de ocio como los de consulta para mi trabajo literario.

Iba a sentarme cómodamente en la butaca para escuchar música y leer un poco, encendiendo otro cigarrillo, antes de cenar algo, cuando oí las pisadas en el porche. Volví la cabeza, pensando que sería la

señora Flossing para cobrar su fractura o para saludar a su inquilino. Me sorprendió ver la cara tras la vidriera de la puerta.

Era una cara extraña. Casi me asustó. Me incorporé, mirándola sorprendido.

El rostro estuvo allí unos pocos segundos. Luego, desapareció rápidamente, como si nunca hubiera estado en aquel lugar. Me quedé desorientado y fui hacia el porche.

Recordaba bien el rostro visto fugazmente. Era pálido, demacrado. De ojos extrañamente oscuros y brillantes. Tenía un gesto de temor y de sobresalto al mirarme.

Cuando pisé de nuevo el porche, oí pisadas rápidas perdiéndose en la oscura ladera posterior a la casa. Fui hacia allá, llamando con voz potente:

—¡Eh, usted, quienquiera que sea! ¿Qué quiere? No tiene que escapar, diga si necesita algo. Soy el nuevo inquilino de la casa, Frank Sheybal.

No me hizo el menor caso. Siguió corriendo, hasta perderse el rumor de sus pisadas en una especie de cañaveral que se extendía al fondo de la ladera, sumido en las sombras de la noche. Meneando la cabeza algo perplejo, volví a la parte delantera, preguntándome quién diablos podía haber tenido tanto miedo en enfrentarse conmigo. Quizás el curioso pensaba que había molestado y temía ser reprendido, pensé.

Pero mis pensamientos se interrumpieron de súbito cuando la voz me interpeló desde alguna parte:

—Buenas noches, señor Sheybal. Y bien venido a Plain Meadows.

Volví la cabeza, intrigado. Esta vez la persona subía por la ladera de delante y no parecía dispuesta a huir ante mi presencia. Tampoco era la señora Flossing en esta ocasión, porque se trataba de un hombre. Un individuo alto, fornido y de aspecto saludable, que agita jovialmente un brazo, mientras resoplaba al remontar el desnivel con paso firme. Lucía una amplia chaqueta de pana color castaño, pantalones de dril téjanos, y unas pesadas botas camperas de ante, bastante gastadas. Fumaba una pipa de espuma, cuyo tabaco debía de ser holandés, a juzgar por su intenso aroma.

—Buenas noches —saludé—. ¿A quién tengo el gusto de tratar?

—Spencer Harmony, de la agencia inmobiliaria Harmony Evans

—se presentó, parándose ante mí y tendiéndome una sólida manaza con respiración entrecortada—. Nos conocimos por teléfono, ¿recuerda?

—Oh, claro que sí —apreté aquella mano que parecía de puro granito—. Por cierto, debo casi quince dólares a la señora Flossing. Tuvo la gentileza de dejar repleto de viandas el frigorífico.

—Eso es muy propio de ella —rió Harmony de excelente humor—. La buena de Anna siempre piensa en esas cosas. Ya se lo pagará a ella. Debe estar en los oficios religiosos del reverendo Hopkins. La pobre cree haber visto al diablo desde que esa secta se aposentó en Plain Meadows, y busca la protección del Señor cuanto puede.

—¿Secta? ¿Qué secta? —me interesé más por cortesía que por otra razón.

—Bueno, usted no puede saberlo. Me refiero a los que han arrendado la finca de la Calle River. La pobre señora Flossing me está acusando de ello constantemente, como si fuera cosa mía elegir los inquilinos para las fincas que administramos. Esa secta, los Siervos del Dios Vengador, se alojan ahora allí. Y están empezando a dar sus conferencias y oficios para quien quiera asistir a ellos voluntariamente. No se meten con nadie, claro está. Pero a la señora Flossing le escandaliza todo lo que no sea la forma de religión en que ella cree. No le pasa lo que a mí, que no creo en ninguna.

—Hace mal. Hay que creer en algo.

Me miró pensativo, como si no le hubiera gustado mi comentario.

—¿Usted cree? —indagó, algo seco.

Asentí con una sonrisa y traté de ser algo más indulgente con su escepticismo:

—Bueno, no asisto a oficios religiosos si se refiere a eso. Pero creo en Dios y eso me basta.

—Yo también creo a veces. Sólo a veces, señor Sheybal. Pero debo admitir que eso de llamarse Siervos del Dios Vengador no me suena bien.

—A mí tampoco. Sin embargo, la Biblia habla siempre de un Dios terrible y exterminador, que castiga con dureza a los humanos que faltan a su fe. Tal vez esa parte de los textos bíblicos sea la base de su creencia.

—Es posible. Viéndoles por la calle, no parecen nada terribles, la verdad. Todos ellos tan pálidos, tan fríos y distantes que parecen autómatas. Te miran con sus ojos azules y te dejan helado. Su sonrisa es tan poco sincera como sus suaves modales y sus palabras educadas y breves. Estoy seguro de que ninguno de ellos sería capaz de levantar la voz en una discusión, y menos aún pelearse con alguien. Sin embargo, ya ve: Siervos del Dios Vengador. Se inventan hoy en día unas cosas para sacar dinero con eso de las religiones y las sectas...

—¿Por qué dijo eso de los ojos azules? —mi curiosidad profesional se había despertado. No podía olvidar que era director del Departamento de Encuestas y Opinión Pública de mi empresa editora, donde jamás se les había ocurrido siquiera preocuparse por mis aficiones como escritor, pese a editar libros de todo género. Debía ser por ese viejo refrán que dice algo así como «en casa del herrero, cuchara de palo.» Y añadí—: ¿Es que *todos* tienen los ojos azules?

—Sí, señor —Harmony se echó a reír como si aquello tuviera gracia—. Absolutamente todos: ojos azules, piel pálida, pelo rubio... Parecen criados en serie. Deben elegirlos así por alguna razón de marketing, digo yo. Tan iguales entre sí, todos uniformados con su impecable traje gris y corbata roja...

—Ocurre con otras sectas —recordé—. Los mormones y algunos más, suelen ir uniformados, ser física mente muy semejantes entre sí y llevar casi uniforme, al menos los que hacen labor de proselitismo. Algunos de los centros de captación de los Testigos de Jehová y otros por el estilo, también lo hacen así. No tiene por tanto nada de raro que todos esos hombres sean de parecida apariencia. Seguro que hasta llevan en su camisa o en su chaqueta un distintivo con su apellido.

—¡Exacto! —asintió Harmony—. Unas pequeñas placas rojas, ovaladas. «Señor Smight, señor Samuels, señor Spencer, señor Scott...» Eso, los cuatro que re cuerdo. Hasta ahora, son una decena los que habitan en esa casa.

—Ya. ¿Y todos con la letra S como inicial? —sugerí.

—Exacto —volvió a enarcar las cejas, mirándome sorprendido—. No había caído en eso. Usted como escritor que es, se fija mucho en los detalles, ¿no?

—No, no soy escritor —negué—. No profesional, claro. No le mentí al decirle eso, porque escribo como hobby, aunque espero editar pronto mi primer libro. Mi verdadera profesión es la de encuestador y estadístico.

—Extraño oficio el suyo, señor Sheybal.

—Así es —reí—. La vida moderna requiere ocupaciones muy curiosas hoy en día.

—Bien, no le molesto más. Veo que está ya bien aposentado, ¿no es cierto? La señora Flossing es una charlatana impenitente, tendrá ocasión de comprobar, pero lo cierto es que está en todos los detalles y le gusta ser amable con sus inquilinos. Buenas noches, señor Sheybal, y feliz estancia entre nosotros. Si algo necesita de mí, no tiene más que llamar a la oficina a cualquier hora laborable.

—Muy amable, señor Harmony —me despedí. Luego arrugué el entrecejo, miré en torno y, antes de que se ausentara, le pregunté—: Por cierto, ¿sabe quién puede ser un hombre que estuvo escudriñando antes el interior de la casa desde la vidriera de la puerta, y huyó asustado cuando yo le interpele? Era un tipo joven, de cara demacrada, ojos muy oscuros y brillantes., recia asustado por algo.

—Oh, Dios, no —se lamentó, sacudiendo la cabeza—. Otra vez Eneas...

—¿Quién ha dicho?

—Eneas Philbrook, un pobre diablo algo tocado —se rozó la sien con la yema del dedo índice de su mano, en inequívoco gesto—. Le gusta merodear por todas partes, curiosearlo todo... Pero es inofensivo, claro está. Si le molesta de nuevo, avise al alguacil local, a Stirling Foxley. El le reprenderá y no volverá a hacerlo, seguro.

—No se preocupe —dije más aliviado—. No me molestó lo más mínimo. Sólo estaba intrigado; eso es todo, señor Harmony. Buenas noches, y gracias por todo.

Se alejó ladera abajo, silbando entre dientes una tonada country. Volví al interior de la casa, porque hacía fresco en el porche. Cerré la puerta y aseguré esta vez el postigo de madera, sin saber la razón concreta. El tal Eneas Philbrook no me había inquietado lo más mínimo. Sin embargo, lo cierto es que aseguré la puerta para que nadie husmeara en mi vida privada.

Me hice unas tostadas, doré las salchichas y comí todo eso con mostaza, regándolo con cerveza fría. No tenía demasiado apetito, y eso bastó. Al terminar, no tenía ganas de ver la televisión ni de escuchar la radio.

Subí a la planta alta, donde estaba mi habitación, y me dispuse a

dormir para despertar pronto a la mañana siguiente y salir a disfrutar del sol y de la brisa matinal, antes de organizar mi horario de trabajo. Dejé entreabierta la ventana, pese a que allí el clima agosteo era envidiablemente grato, sin los agobios calurosos de la ciudad y, sobre todo, sin su contaminación y sus humos.

Algo atrajo mi atención a través de la ventana. Me acerqué a ella, sorprendido.

Estaba seguro de no haber visto nubes en absoluto cuando dejé el porche. Lo comprobé ahora, al mirar al cielo oscuro y estrellado.

Sin embargo, estaba lloviendo. Había oído el golpeteo de unas gotas en las hojas del árbol cercano a mi dormitorio, y en el alféizar de la propia ventana.

Extendí la mano. Era cierto. La lluvia golpeó el dorso con fuerza. Retiré mi mano, sorprendido. Y me quedé petrificado.

El líquido de mi mano era rojo y denso. Corría siniestramente sobre la piel. También vi correr esas gotas rojas en regueros carmesí sobre los vidrios de la ventana y el alféizar de la misma. Del árbol se deslizaron a tierra gotas escarlata.

—¡Dios, no es posible! —gemí—. ¡Está lloviendo *sangre*!

CAPITULO II

Sangre.

Llovía sangre sobre Plain Meadows.

Era absurdo, increíble. Pero estaba sucediendo. Estuve unos segundos interminables contemplando como hipnotizado aquellas espesas gotas rojas que corrían sobre vidrios, madera y piel, sobre hojarasca y tierra. Miré abajo, sintiendo golpear en mi nuca y mi cabello aquella espeluznante lluvia roja. La tierra enrojecía también, al resplandor de la luz de mi ventana, batida por una tenue llovizna de sangre.

Miré al cielo, cubriéndome con la mano lo más posible para sentir esas gotas repulsivas en la boca o en los ojos. No soy excesivamente escrupuloso, pero una experiencia así era nueva para mí, y resultaba razonable sentir cierto asco por el contacto con aquella sustancia llovida del cielo.

No pude evitar que algunas gotas se estrellaran en mi rostro, corriendo por él lentamente. Pero no vi nube alguna encima de mi cabeza. Sólo el cielo estrellado, sin el menor asomo de nubosidad. Aquella lluvia, además de sorprendente, parecía venir de ninguna parte.

—No lo entiendo —murmuré, perplejo, retirándome al interior de la estancia—. Esto no tiene el menor sentido...

Me limpié la mano y la cara con la toalla. Dejé en ella manchas rojas, algo cárdenas, como las que deja la verdadera sangre. Pero yo estaba seguro de que, pese a su color, aquello *no podía* ser sangre en modo alguno. La lógica más elemental así lo hacía suponer.

He oído hablar de lluvias de barro, de sapos e incluso de peces, fenómenos atmosféricos que los expertos explican fácilmente. Pero que yo supiera, jamás en parte alguna de la Tierra, por mucha que fuese la violencia existente en ella, había llegado a llover sangre. Tal vez aquélla era una especie de coloración del agua de lluvia que tuviera su explicación científica, pero de momento se me escapaba por completo.

Anoté la hora exacta para recordar cuándo había tenido lugar el fenómeno, y me pregunté si se habría producido en toda la región o solamente en un área reducida de aquella comarca. Después, tras una indecisión, llamé a la centralita local y le pedí que me pusiera en comunicación con el Centro Meteorológico de Des Moines.

Algo sorprendida, la operaría cumplió mi pedido. En el Centro no había a aquellas horas nada más que una telefonista de turno, que me leyó el último boletín informativo del tiempo. Yo le pregunté si habían detectado lluvias en aquella zona, y si era posible que lloviese líquido de color rojo, muy denso, parecido a la sangre. Aburrida, me contestó que hiciera esa misma pregunta al día siguiente, al encargado del servicio meteorológico, y él podría responderme a eso.

Colgué el aparato, sin haber salido de dudas. Miré a la ventana. Había dejado de llover. Consulté mi reloj de pulsera. Aquella extraña lluvia no había durado más allá de dos o tres minutos. Me pregunté cuáles serían sus efectos sobre el seco terreno del lugar, nada favorecido por las precipitaciones últimamente.

Pero todo ello no me impidió dormirme profunda mente apenas caí en la cama, cansado por el viaje y sus preparativos previos. Al despertar al otro día, lucía un sol radiante que en nada hacía pensar en la misteriosa precipitación roja de la noche anterior.

Asomé a la ventana. Toqué el alféizar, donde una especie de polvillo azafranado era todo lo que quedaba de la lluvia de la noche anterior. Lo palpé, pensativo, y moví la cabeza, mirando al exterior con un bostezo.

Me quedé helado. El árbol situado ante mi ventana seguía allí, por supuesto. Pero algo terrible le había ocurrido.

Su ramaje estaba ennegrecido, sus hojas resacas y quemadas, colgando de las ramas triste, lamentablemente. Lancé una imprecación al mirar al suelo, La hierba, allí donde sin duda tocó la lluvia, estaba igualmente negruzca y abrasada. En cambio, bajo la cornisa de madera de la casa, seguía siendo verde, aunque algo seca por el rigor agosteo y la ausencia de lluvias.

—¿Qué pudo ser esa lluvia? —me pregunté, dirigiéndome como sonámbulo al cuarto de aseo—. Parecía sangre. Y ha hecho el efecto del fuego sobre las plantas... Extraña y terrible combinación la de ese horrible líquido...

Al tomar la toalla para entrar en la ducha, miré el tejido, aterrado.

Allí donde yo había secado mis manos, dejando unas manchas oxidadas la noche antes, ahora había unas quemaduras que provocaron el desprendimiento del tejido, como calcinado, formando oscuras pavesas, y dejando en la toalla varios orificios desiguales. Contemplé aquel hecho casi despavorido.

Rápidamente fui al espejo y me miré las manos y el rostro con auténtica preocupación. Como había temido, también en mi piel dejó la lluvia roja su extraña huella. Tenía ampollas en el dorso de mi mano diestra y en la mejilla. Leves ampollas rugosas, algo lívidas, como si me hubiera quemado. Pero no sentía dolor. Únicamente un leve escozor cuando las rocé con mis dedos.

—No lo entiendo... —murmuré—. No lo entiendo... pero no me gusta.

Mi primera visita de aquella mañana, fue al médico local, un tal doctor Daniel Hawkins. Y la segunda al alguacil local, Sterling Foxley.

* * *

Sterling Foxley era un hombre macizo, que inspiraba confianza. Tenía una humanidad que pesaría unas doscientas libras, repartida en una estatura de más de seis pies, cabello rojizo, cortado a cepillo, mandíbula cuadrada, ojos grises y nariz achatada. Vestía el uniforme de su cargo, con pantalón y camisa caqui y chaqueta de cuero con la placa de representante de la Ley. Una gorra de plato con distintivo, completaba su indumentaria.

Me escuchó atentamente, examinó el certificado médico sobre mis ampollas, y meneó la cabeza con perplejidad.

—Sinceramente, señor Sheybal, es la primera noticia que tengo al respecto —confesó—. Aquí, el doctor Hawkins se limita a decir que ha sufrido usted quemaduras superficiales de escasa consideración, por causas ignoradas; usted afirma que las motivó una extraña lluvia caída anoche sobre esta región.

—Así es, alguacil. Una lluvia roja, como de sangre. Agostó plantas y hierbas. Quemó una toalla mía por el solo hecho de secarme la mano y el rostro. Y dejó estas huellas en mi piel. No toqué ninguna otra cosa que pudiera quemarme.

—¿Está seguro de eso? —dudó, mirándome inquisitivo, como si yo fuese un alcohólico que se imaginaba cosas.

—Por completo —afirmé, ofendido—. No estaría aquí ahora, en caso contrario.

—Comprendo. Perdona mi incredulidad, pero... lo cierto es que anoche no cayó una sola gota de lluvia sobre Plain Meadows, señor Sheybal.

—Está equivocado. Llovió. Exactamente a las ocho y cuarenta y dos minutos, para cesar dos o tres minutos más tarde, a las nueve menos cuarto como máximo.

—Señor Sheybal, yo hago una ronda de vigilancia por la zona entre ocho y nueve de la noche, en mi coche patrulla. Ni en el vehículo, al ir saliendo de los distintos lugares que recorro, ni en la calle mientras la pisaba, ni en parte alguna por donde me moví con mi coche, había el menor rastro de lluvia, y menos aún de color rojo.

—Tal vez fue una pequeña nube y la lluvia se limitó a un sector muy reducido —sugerí—. Puede ver la hierba y el árbol de mi casa. Las quemaduras son claras.

—Bien, vamos allá. Pero le aseguro que con la prolongada sequía y el calor, son muchas las plantas, incluso los sembrados, que están sufriendo la acción del verano.

Me llevó a casa en su coche patrulla. Estuvo examinando críticamente los alrededores de la casa. No más de unas cincuenta yardas a la redonda, que era donde se veían las huellas ennegrecidas de algo que quemara árboles y hierbajos. Tocó con sus dedos el polvillo azafranado en algunos puntos donde se los indiqué, metiendo parte de ellos en un sobre de plástico que cerró para guardar en su bolsillo. Al fin se incorporó y sacudió la cabeza con desaliento.

—Haré analizar esto al farmacéutico local —dijo—. No son los laboratorios federales, pero servirán para saber de qué está compuesto este polvillo. Déme también su toalla quemada, por si encuentran algo en ella. Pero le aseguro que no veo nada sospechoso aquí. Estas hierbas y árboles quemados pudieron sufrir los rigores de un sol demasiado intenso, eso es todo. Claro que yo no le estoy discutiendo lo que usted me cuenta, sólo trato de hallar evidencias claras de ello, y por ahora no las hay. Lo siento, señor Sheybal. De todos modos, ya le diré algo cuando tenga los análisis.

Me estrechó la mano con aparente cordialidad, y me dejó con el amargo sabor de boca de sentirme en ridículo, sin haber sido creído lo más mínimo, y puesto en evidencia ante la Ley local por mi singular relato de los hechos.

Irritado, me metí en la casa, dispuesto a olvidarme del asunto ordenando mis cosas para el trabajo. Era una pena malgastar una mañana así sin pasear por los alrededores, pero de repente me senti malhumorado y molesto, incapaz de apreciar los encantos de la naturaleza en aquel apacible rincón de Iowa.

La visita de la señora Flossing, a eso de las once de la mañana, sirvió para distraer algo mis pensamientos. Como dijera Harmony, era una mujer locuaz y vivaracha, incapaz de estar callada un momento. Le aboné sus gastos, le di las gracias por todo, y a cambio de ello me obsequió con una larga perorata sobre los encantos de Plain Meadows en aquella época del año.

Sin embargo, todo lo echó a rodar cuando comentó algo con tono frívolo, mirándome atentamente:

—Sin embargo, espero que la lluvia roja no le haya hecho cambiar de idea y nos deje antes de lo previsto...

—¿La lluvia roja? —la miré con rapidez—. ¿Es que usted también la vio caer?

—Oh, claro que no —rió ella volublemente, moviendo su rizosa cabeza canosa—. Me hubiera gustado, pero no vi llover nada, ni rojo ni color de agua, señor Sheybal. Y eso que salí anoche de los oficios religiosos a eso de las ocho y media y estuve de charla con el reverendo Hopkins a la puerta de la capilla durante casi veinte minutos...

—¿Y... no vio ni gota de lluvia en todo ese tiempo? —inquirí, tenso.

—Ni la más mínima —agitó una mano jovialmente—. Pero claro está que le creo, aunque ese necio del doctor Hawkins ande diciendo por ahí que los forasteros ven visiones y cosas por el estilo. Yo no puedo pensar jamás que una persona sensata vea cosas que no son. Si le contara yo las veces que se me ha aparecido el espíritu de mi difunto esposo en paz descanse, yo le podría decir que...

Siguió una larga y farragosa relación de presuntas apariciones fantasmales del señor Flossing, capaz de acabar con la paciencia del más santo. Por fortuna, o por desgracia, yo estaba demasiado hundido en mis propios pensamientos para hacerle caso y escuchar su verborrea. Acababa de saber gracias a la señora Flossing que el médico local me tomaba por chiflado o por excéntrico, opinión que tal vez compartía el alguacil Foxley. Aquello me enfurecía pero también me inquietaba. La señora Flossing no había captado nada de nada la noche antes, y no era de las personas que dejan pasar algo sin advertir. Si la gente de Plain Meadows no vio nada... ¿es que mi imaginación se inventó acaso la lluvia roja?

Eso no era posible. Yo no tenía por qué inventarme nada parecido. Soy una persona equilibrada, con los nervios tan normales

como puede tenerlos un ejecutivo hoy en día, después de trabajar ocho o diez horas diarias durante cinco días a la semana, encerrado en una oficina o deambulando entre edificios de decenas de pisos y millares de coches ruidosos, y sin el menor motivo para soñar con lluvias de sangre y cosas por el estilo. Mi propia creación literaria no se inclinaba precisamente por la vía del terror o de lo imaginario.

Tras despedir lo mejor que pude a la terrible señora Flossing, decidí irme a pasear antes de comer, sin decidirme a empezar un trabajo que, en las actuales circunstancias, con mi mente inquieta por otras preocupaciones, no podría iniciar en forma adecuada. Cerré la casa y salí a dar una vuelta lejos del pueblo, a través de los campos sembrados de maíz, de trigales y de avena. Las rojas amapolas crecían entre ellos como alegres notas de color... para desesperación de los labradores. Una brisa leve y caliente mecía con suavidad los mares de espigas, muchos de ellos reseco y en peligro a causa del rigor del seco verano. Pero ante mis ojos no apareció señal alguna de los efectos abrasadores de aquella lluvia sanguinolenta. Tampoco vi rastro del polvillo color azafrán.

En un sendero polvoriento que corría paralelo a un inmenso campo de mazorcas de maíz me crucé con un Land Rover descubierto. Desde él me miraron los tres hombres que lo ocupaban, uno al volante y dos sentados atrás.

Iban erguidos, muy rígidos, con la mirada perdida en el paisaje. Al pasar junto a mí, me estudiaron al tiempo de saludarme con una cortés inclinación de cabeza, dado lo reducido de su marcha.

Me sorprendió el azul limpio y frío de los ojos de los tres. Su modo de vestir, idéntico en todos ellos, a base de traje gris, ligero, corbata roja y emblema ovalado en rojo, con su nombre, prendido de la solapa, me hizo recordar lo que mencionara Harmony. Eran Siervos del Dios Vengador, miembros de la nueva secta local. Todos ellos eran rubios, muy rubios y de pálida piel. Parecían hermanos gemelos aunque no se parecieran en lo físico.

Se quedaron atrás. Me volví para seguirles con mirada curiosa. Ni uno de ellos volvió la cabeza. El Land Rover llevaba detrás una pancarta inquietante, en color rojo brillante, un color que sin saber la razón me hizo estremecer.

La pancarta decía en grandes letras blancas:

¡Hermano, teme a Dios, porque El se vengará de todos los males que

causa la Humanidad! ¡Salva tu alma de Su justa ira, ahora que aún es tiempo!

Y firmaban: *Los Siervos del Dios Vengador.*

Seguí adelante, sumido en mis pensamientos. Olvidé aquel coche, aquella pancarta y a aquellos fanáticos tipos fabricados en serie.

Caminaba por una zona realmente bucólica, pese a los efectos indudables del fuerte estío sin lluvias sobre los cultivos, especialmente en los amplios maizales y trigales que se extendían como un dorado mar en torno mío. Volví un recodo del sendero, dejé atrás un campo de amapolas y otro de margaritas, y me encontré ante una cerca de madera recientemente pintada de esmalte de un fresco y alegre color verde manzana. Más allá, se veía una serie de cultivos, antes de vislumbrarse una edificación de dos plantas, con su inevitable porche, tejado de pizarra y muros de rojos ladrillos oscuros, con ventanas de marco color gris. Un poste sostenía un tablón junto a la cerca, donde con la misma pintura verde se había trazado un nombre:

ALLYSON FARM

Caminé un trecho pegado a la cerca, la mirada perdida en el cielo azul, las manos en los bolsillos. Crecían matorrales densos, bastante resecos, justo al pie de la misma. De repente vi brillar algo entre los matojos, cuando un rayo de sol se filtró en la hierba parduzca. Me incliné a tomar lo que resaltaba entre los hierbajos.

Era de color gris acerado. Lo tomé con sorpresa.

Tenía todas las trazas de ser simplemente un huevo, pese a su color. Tal vez pertenecía a algún ave desconocida para mí, pensé dándole vueltas entre mis dedos. La cáscara tenía sin embargo un brillo metálico sorprendente.

Su tamaño era algo mayor que el de un huevo de gallina, pero no mucho. La forma oval era perfecta, como un cuerpo geométrico. Estaba tan absorto contemplándolo, que no me di cuenta de que tenía demasiado cerca de mi mano un saliente metálico de la cerca, allí donde se hallaban los goznes de una puerta de acceso al interior de la propiedad. Mi mano pegó bruscamente en esa superficie de hierro, y el huevo se quebró con un chasquido algo áspero.

Para mi asombro, al romperse la cáscara gris, el contenido del huevo se derramó en mis manos. Las empapó de rojo.

¡Era sangre!

Aquel huevo contenía sangre muy roja, muy espesa, que chorreaba abundantemente entre mis dedos.

Me quedé mirando mis manos con estupor, recordé de inmediato la noche anterior, con su roja lluvia inexplicable...

De súbito sonó un grito agudo, lleno de terror.

Alcé la cabeza sobresaltado. Me encontré con un rostro de mujer que reflejaba pánico e incredulidad, su mirada fija en mis sangrientas manos.

CAPITULO III

Me moví hacia ella, aturdido, y ella gritó de nuevo, alargando sus brazos y mirándome con terror.

—¡No se mueva! ¡No se mueva! —chilló—. ¿Qué es lo que ha hecho? ¿A quién ha matado?

—No diga tonterías —sonreí—. No he matado a nadie. Sólo he roto... algo parecido a un huevo, eso es todo. No lo creerá, pero es la verdad, véalo.

Me incliné, tomé los dos fragmentos del huevo gris partido, y los mostré, con su cáscara todavía goteando espesa sangre roja. Ella lo miró, sin entender, pero sin que su razonable temor se viera disipado.

—No es posible... —jadeó—. Un huevo... un hueve no sangra así...

—Lo sé —afirmé—. No soy experto avícola, pero jamás vi nada parecido. Estoy tan asombrado como usted. Y tan asqueado, la verdad. Esto no es agradable de sentir en las manos, créame...

Ella miraba mis dedos con ojos dilatados por la aversión y el miedo que en casi todas las mujeres produce la visión de la sangre. Yo me sequé con mi pañuelo, aun a sabiendas de que aquella sustancia que parecía sangre humana, y que naturalmente no podía serlo, abrasaría el tejido, lo mismo que había abrasado la hierba y la toalla la noche anterior. Porque aunque una sustancia sanguinolenta cayera en forma de lluvia y la otra brotara de un misterioso huevo gris, yo no tenía la menor duda acerca de que la naturaleza de ambas era una misma.

—Por favor, no tema nada —exhorté, mirándola mientras limpiaba lo mejor posible mis manos, recurriendo incluso a unos brotes de hierba que arranqué—. Me llamo Frank Sheybal y estoy de vacaciones aquí. Llegué ayer. Vivo en casa de la señora Flossing.

—Oh, entiendo —balbució, afirmando con su rubia cabeza, sin dejar de mirarme—. Lo siento, debo parecerle muy estúpida...

—Por el contrario, señorita —negué—. La verdad es que yo también estoy asustado. Nunca me había ocurrido nada parecido.

—Mi nombre es Verity Allyson —manifestó con suavidad, tratando de aparecer más normal y relajada—. Mi tío y yo habitamos en esta granja, señor Sheybal.

—Celebro conocerla, aunque la situación no sea la más idónea para un encuentro tan agradable como éste —murmuré, contemplando su serena y silvestre belleza.

Había algo espontáneo, limpio y sano en aquella muchacha, típico producto de un lugar aún incontaminado y probablemente feliz. Su pelo rubio no sabía de tintes ni artificios, lo mismo que el dorso suave de su cara, sus mejillas saludables, el rojo carnosos de su boca, jugosa como un fruto maduró y dulce; y su figura, esbelta pero no delgada, era firme en sus curvas, sin grasas ni peso superfluo. Vestía un sencillo mono azul de tirantes en tejido de dril, camisa a cuadros y botas polvorientas. Aun con esa ropa, estaba femenina y encantadora. Sus ojos ligeramente verdes, parecían ahora más risueños.

Caminó hasta mí, evitando mirar al suelo, y abrió la cerca de la valla, invitadora.

—En Plain Meadows somos hospitalarios por naturaleza —dijo—. Le ruego que pase. Mi tío Héctor y yo nos sentiremos muy honrados de recibirle y ofrecer una taza de café o lo que guste tomar, señor Sheybal

—Es muy amable, señorita Allyson —sonreí—. La verdad es que no sé si debo...

—Por favor, entre. Sería una descortesía por su parte no aceptar la invitación. Por otro lado... creo que mi tío le interesará saber lo que ha encontrado. Tal vez eso era lo que ellos buscaban.

—¿Ellos? —enarqué las cejas, mientras cruzaba la puerta de la cerca, y miré a la joven, que estaba tan próxima a mí como para sentir el roce de la punta d sus erectos pechos contra mi torso—. ¿Quiénes son ellos?

—Esa gente uniformada de gris, los rubios de ojos azules y cara pálida...

—Oh, entiendo —asentí—. Los Siervos del Dios Vengador.

—Veo que ya les conoce. Estuvieron por aquí toda la mañana, pasando con su Land Rover, bajando a husmear entre las hierbas y los trigales cercanos, como si buscaran algo que se les había perdido. Se marcharon con gesto de frustración, aunque es difícil adivinar lo que

sienten, con esas caras tan iguales y poco expresivas.

—De modo que esos tipos buscaban algo por aquí... —medité, recordando mi encuentro con ellos en el camino, entre maizales. Realmente, parecían contrariados, aunque como decía la muchacha, aquellas caras expresaban pocas cosas, tan frías y herméticas.

Minutos más tarde estábamos sentados dentro de la casa, ante una sencilla mesa de madera rústica, donde humeaban tres tazas de café. Una bandeja de pastas completaba la cordial invitación de los Allyson.

Tío Héctor, un hombretón fornido, de cabello rubio oscuro y rostro curtido, con el aire tosco y sincero de los hombres de campo, estuvo ausente unos minutos mientras su sobrina, Verity, servía los cafés. Cuando regresó, venía ceñudo, trayendo en un trapo grueso los trozos del huevo gris y hierbajos empapados en rojo sangriento.

Dejó todo aquello sobre un taburete, ante la repugnancia de su sobrina. Me miró largamente, moviendo la cabeza con gesto hosco.

—Esto parece algo muy raro. Y bastante feo —comentó rascándose los cabellos.

—Estoy de acuerdo con usted —asentí—. Jamás vi un huevo semejante, pero pensé que algún ave rara podría depositarlo...

—En absoluto —rechazó—. No hay clara ni yema. Nada. Sólo sangre. O algo que se le parece bastante. Puede ser un huevo artificial; nunca vi una cáscara así ni de semejante color.

—Pero ¿de dónde pudo venir, para qué servirá? —me pregunté en voz alta, moviendo la cabeza mientras tomaba un sorbo de café—. Es algo que carece de sentido, ¿no cree?

Héctor Allyson afirmó, ceñudo, sin quitar sus ojos de aquellos fragmentos de huevo tan extraños.

—Usted mencionó antes que había tenido otra desagradable experiencia con esa sangre, precisamente apenas llegado a Plain Meadows —apuntó el dueño de la casa, volviéndose hacia mí.

—Sí, fue anoche mismo. Entre ocho y media y nueve menos cuarto. Duró sólo unos minutos, no más de tres. —Y le expliqué el resto. Me escucharon él y su sobrina con gesto de vivo estupor, aunque sin interrumpirme para nada.

Al terminar el relato, ambos se miraron entre sí. Héctor Allyson negó con su maciza cabeza.

—No, nosotros no vimos ni sentimos nada —declaró—. La hierba no está hoy en la granja más seca de lo que lo estaba ayer con esta maldita sequía, y a esa hora estaba yo en los establos, dejando todo arreglado para el nuevo día. De caer gotas de lluvia, fuesen de agua o de sangre, las hubiera advertido.

—Yo también —señaló Verity—. Estaba en la cocina, limpiando la vajilla con la ventana abierta ante mí, a causa del fuerte calor. No vi nada de nada, señor Sheybal.

—Lo que yo decía —suspiré—. Acabarán tomándome por loco. Sólo yo vi, al parecer, esa horrible lluvia.

—Pero ahora tiene una evidencia en sus manos —señaló Héctor—. Ese huevo...

—Me gustaría que probara algo. Pero no sé el qué.

—Yo tampoco, amigo —confesó el buen granjero encogiéndose de hombros—. Pero ahí está. Un huevo que no es de ave alguna conocida, que no parece real mente un huevo, y que estaba repleto de sangre. Que explique el alguacil Foxley ese misterio, si puede.

—Espero que el análisis dé algún resultado, de todos modos. Me gustaría saber la explicación de este misterio.

—A mí también —Héctor Allyson paseó por la estancia tras apurar su café—. Verity ya le ha contado lo de esos tipos, los de la secta religiosa, ¿no?

—Sí, me lo dijo antes. Parecían haber perdido algo valioso por aquí... Algo que no llegaron a encontrar.

—No me gusta esa gente. Los pueblerinos somos algo especiales respecto a los forasteros, lo admito. Pero con personas como usted no tenemos recelo alguno. En cambio, cuando empiezas a ver llegar forasteros tan fríos, tan distantes, deambulando por ahí como fantasmones y buscando adeptos para su nueva religión, te sientes molesto y hostil con ellos. No me agradan sus pelos rubios cortados a cepillo, sus ojos tan claros, su piel lechosa, su uniforme gris y su aspecto hermético. Ni siquiera parecen humanos.

Ese comentario trivial, mezclado con los otros, me hizo estremecer, sin saber la causa concreta: *No parecen humanos...*

Era verdad. Héctor Allyson había retratado muy bien el efecto que producían los sectarios en uno. Eran demasiado iguales, demasiado fríos y correctos. No había calor humano en ellos. La señorita Flossing

parecía tener razón en sus recelos hacia ellos. Tampoco a ella le gustaban los Siervos del Dios Vengador. Y eso que no sabía nada relacionado con un extraviado huevo gris repleto de sangre...

—De todos modos, no podemos estar seguros de que fuera eso lo que ellos estuvieran buscando —dije, señalando al objeto sanguinolento.

—Claro que no. Pero ¿qué otra cosa podía ser? —El granjero se frotó el mentón—. Es demasiada casualidad, ¿no cree?

—Posiblemente. ¿De qué les puede servir a ellos esta clase de objetos?

—Nunca se sabe. Tal vez negocien en sangre humana y hayan encontrado un medio de trasladarla sin que sospechen las autoridades.

—¿En huevos grises de aspecto metálico? —dudó Verity—. Supongo que de ser así lo harían en huevos normales y corrientes en su aspecto, para no despertar sospechas.

—Eso es cierto —tuve que admitir, mientras su tío asentía también—. En fin, no entiendo nada, ésa es la verdad. Pero imagino que...

—¡Espere! —exclamó el granjero, que estaba cerca de la ventana. Nos hizo un gesto vivo, y señaló al exterior—. Vean eso.

Corrimos junto a él. Héctor Allyson tenía levemente alzada la cortina a un lado, para escudriñar a través del vidrio de la ventana sin apartar los visillos y así no ser vistos desde el exterior.

Pudimos ver de nuevo el Land Rover de los hombres de gris. Estaba aparcando ante la casa. Dos de sus ocupantes, con el inevitable traje gris, la corbata y emblema rojos, su semblante pálido, sus ojos claros y su pelo dorado, casi albino, bajaron del vehículo, comenzando a recorrer detenidamente el sendero a lo largo de la cerca, la mirada en el suelo, como buscando algo.

Nos miramos en silencio. Y seguimos oteando lo que sucedía allá fuera, a la deslumbrante luz del sol agosteño. Los hombres rubios se movían con una frialdad mecánica, minuciosa y ordenadamente, recorriendo cada yarda de terreno de forma exhaustiva.

Fuese lo que fuese lo que buscaban, era obvio que podía estar metido en cualquier matojo. Y que no habían dado aún con ello.

De pronto, uno de ellos se paró en seco. Hizo un breve gesto al

otro. Este se le aproximó. Se quedaron mirando al suelo. Se inclinaron. Les vimos hurgar en un matorral concreto, junto a la puerta de la cerca. Me estremecí, y de modo instintivo puse mi mano sobre el hombro inmediato de Verity, musitando:

—Creo que lo han encontrado... Ahí es, exactamente, donde yo hallé el huevo gris...

Noté el leve temblor de la piel de Verity a través del tejido de su camisa vaquera. También ella estaba asustándose por momentos, pensé sin dejar de contemplar a los hombres de la secta que se movían allá fuera.

Se miraban entre sí. Tocaron las hierbas, llevaron los dedos ante sus ojos y miraron algo, quizás huellas de sangre en el matorral. Y de repente, alzaron su rubia cabeza.

Miraron a la granja.

Verity se retiró con una sorda exclamación que parecía reflejar miedo. Héctor y yo aguantamos agazapados tras los cristales. Pero creo que él, como yo, se sintió taladrado por aquellos gélidos ojos azules, que parecían atravesar el vidrio y los visillos y llegar hasta nosotros, inquisitivos y ominosos.

Había algo maligno, algo terriblemente perverso en aquellas miradas. Un hielo de muerte pareció congelar la sangre en mis venas por un instante horrible y fugaz. Luego, lentamente, ellos volvieron la cabeza y echaron a andar hacia el Land Rover. Se subieron a él, el tercer sectario arrancó, y se alejaron hacia la población sin volver una sola vez la mirada atrás.

—Uf... —masculló el granjero, con evidente alivio—. Esa gente logra ponerme nervioso...

—Y a mí —susurré roncamente—. No me gustó su mirada.

—A mí no me gusta nada de ellos, ya se lo dije. Pero tiene usted razón. Su modo de mirar da escalofríos.

—Estoy segura de que nos vieron —murmuró Verity.

—No puede ser. Con el sol de allá fuera, estos vidrios y los visillos impiden que seamos vistos, Verity —objetó su tío.

—Tal vez. Pero sea como sea, tío, ellos ahora *saben* que tenemos lo que están buscando. Ese extraño y horrible huevo. Estoy segura de que es lo que buscan. Y están convencidos de que lo tenemos nosotros.

—Pienso lo mismo que su sobrina —asentí gravemente—. Esa gente parece saber las cosas rápidamente, tal vez las intuyen. Pero ahora tienen motivos para pensar así. Han encontrado vestigios rojos en las hierbas.

Saben que el huevo se ha roto, que alguien se llevó de ahí los fragmentos... Y la casa está demasiado próxima al lugar del hecho. Han calculado que son ustedes quienes lo encontraron, Allyson. No me gustaría meterles en problemas por culpa mía.

—No diga tonterías, muchacho —se irritó tío Héctor, poniendo una recia mano cordial en mi hombro—. Usted es un huésped y un amigo. Compartimos ahora este secreto, sea cual sea su naturaleza, y debemos compartir igualmente cualquier posible responsabilidad. Después de todo, esa gente son sólo un grupo de fanáticos vocingleros que pregona el castigo del Señor, que habla de un Dios cruel y vengativo en el que no hay bondad ni perdón ni misericordia. Yo no comulgo con esas ideas, y las rechazo de plano. Su agresividad no me inquieta, sus posibles represalias me dejan frío. Pueden molestarme y desagradarme, pero eso es todo. No les temo. Y no creo que usted, señor Sheybal, les tema tampoco.

—No, no es temor lo que me producen quizás —admití—. Es inquietud, zozobra. Pero pienso en parte como Verity. Esa gente buscaba ese huevo, estoy convencido de ello. Han encontrado su contenido mojando los hierbajos, y saben que se ha encontrado y que ha sido abierto. Por la razón que sea, no les gusta. Juraría que si alguien hay vengativo en esa secta, son precisamente sus propios miembros y no el Dios terrible que pregonan.

—De todos modos, guárdese de ellos —avisó el granjero—. Si sospechan de nosotros, es posible que también sospechen de usted; recuerde que se encontraron en el camino, y que ahora no le hallarán. Les será fácil imaginar que está usted aquí con nosotros, compartiendo el hallazgo de su extraño óvulo.

—Gracias por el consejo —suspíré, dirigiéndome a la salida lentamente, con la mirada perdida en el exterior a través de la ventana. El sol y el reflejo en los cercanos maizales, hacía que ya no fueran visibles los miembros de la secta en su Land Rover—. Y gracias de nuevo por su hospitalidad también. He pasado un rato muy agradable con ustedes. Si algo necesitaran de mí, no duden en acudir. Ya saben que me alojo en la casa de la loma, propiedad de la señora Flossing.

—Oh, sí, esa buena mujer —sonrió Héctor con simpatía—.

Charlatana como nadie, pero encantadora y capaz de ayudar a todo el mundo. Adiós, amigo. Usted también sabe dónde nos tiene para todo lo que precise. Buena suerte, y felices vacaciones entre nosotros. No deje que esa tontería de los sectarios le quite el sueño y estropee su descanso.

—Lo intentaré —sonreí, saliendo al porche—. Pero no va a ser fácil. La lluvia de anoche y ese huevo, me tienen perplejo y obsesionado, la verdad.

—Pues trate de olvidarlo —terció Verity, sonriente, colgándose de mi brazo con sana espontaneidad—. Venga, le acompañaré hasta la cerca.

Tío Héctor quedó atrás, y la muchacha y yo caminamos a través de los sembrados de la granja, en dirección a la verde valla de madera. Alrededor nuestro, el trino de los pájaros, el suave ondular de los cultivos mecidos por una perezosa brisa cálida, y la fuerza misma del sol matinal, parecían ahuyentar toda posible sombra de temor o de inquietud. Era imposible que en aquel clima de bucólica paz campestre pudiera ocultarse nada siniestro. Sin embargo, las palabras de Verity no confirmaron esa impresión:

—Estoy muy asustada —confesó en voz baja.

La miré mientras caminábamos. Ella asintió.

—No quise decirlo delante de tío Héctor, pero tengo miedo. Por él, por mí... y por usted también.

—Creí notarlo antes cuando toqué su hombro —manifesté—. Estaba temblando.

—Esa gente me da pavor. Es posible que el simple hecho de saber lo que buscaban y habernos quedado con su objeto misterioso, provoque sus iras contra nosotros.

—¿Y qué espera que hagan? —sonreí—, ¿Algún maleficio?

—De ellos, todo es posible —suspiró la muchacha—. Hay algo que no es humano en esa gente. Lo pensé desde que empezaron a llegar a Plain Meadows hace unos meses. Primero fueron solamente dos. Luego otros dos, más tarde tres más... y así hasta la docena aproximada que son ahora. Estoy segura de que ese número irá aumentando en fechas sucesivas. Siempre ocurre igual. Cada cierto tiempo, surgen más miembros extrañamente parecidos entre sí, como si reclutaran en todo el país a la gente que tiene un físico semejante.

—De modo que han empezado a ser como una invasión... —comenté irónico.

—Esa es la palabra exacta que temía pronunciar —confesó ella, parándose junto a la puerta verde manzana—. Invasión. A veces tengo la desagradable corazonada de que esos sectarios están invadiendo lenta e inexorablemente nuestra comunidad, para convertirnos a su implacable religión de castigo y venganza divinos.

—Todo eso es habitual en las sectas religiosas, pero admito que lo de esta mañana ya no entra en lo acostumbrado en tales casos, Verity.

—Todavía peor. Me pregunto si en vez de emisarios de la palabra del Señor... no serán *endemoniados*. Ya sabe, siervos de Satán encubiertos.

—Es una teoría interesante —admití, sorprendido—. Endemoniados... Sí, yo les daría mejor ese apelativo que el de religiosos, la verdad. Y eso que aparentemente son inofensivos y parecen incluso corteses y educados.

—Eso sí. Me he cruzado con ellos a veces cuando he bajado al pueblo. Se inclinan con ceremonia, te dejan el paso si te encuentras en la acera, jamás tienen un roce o una disputa con nadie. Yo diría, incluso, que son demasiado educados.

—Entiendo. Su actitud le parece sincera, espontánea.

—No, en absoluto. Creo que es una postura estudiada, que lo tienen todo calculado y medido de antemano.

—Todo, no —reí—. Lo de esta mañana no entraba en sus cálculos. Si buscaban ese extraño huevo, no pensaban perderlo a nuestras manos.

—Dios mío... —su mirada volvió a nublarse—. Tenga cuidado, señor Sheybal. Guárdese de ellos, por favor.

—Lo tendré en cuenta. Pero no vuelva a hablarme con tanto protocolo. Mi nombre es Frank, y me gusta. En sus labios tiene que sonar muy bien, Verity.

—Hasta pronto, Frank. ¿Nos veremos? —Me miraba fijamente. Y me gustaba que me mirase.

—Desde luego —sonreí—. Procuraré pasar siempre cerca de este lugar, sólo por verla, Verity. ¿Y sabe una cosa? Si vengo mañana por aquí, tal vez le cuente una experiencia nueva e interesante para

ambos.

—¿Qué experiencia? —se interesó ella, recelosa.

—Mi visita a los oficios religiosos de los Siervos del Dios Vengador —revelé risueño—. Esta noche pienso acudir a ellos como un oyente más.

Me despedí de Verity. Mi noticia no le gustó. Al dejarle atrás, su gesto reflejaba temor y preocupación. Pero yo estaba dispuesto a cumplir lo prometido. Iba a conocer esa misma noche a los extraños y fríos personajes en su propio ambiente.

CAPITULO IV

Eran las seis de la tarde cuando entré en la cantina local, situada no lejos del edificio ocupado por los miembros de la secta religiosa. Había tiempo hasta media hora más tarde de tomar algo y conversar con alguien del pueblo.

Había pasado el día trabajando, mientras procurato olvidar el suceso de aquella mañana. Momentos antes; había visitado, al alguacil Sterling Foxley, pero me dijo que aún no tenía resultados del análisis. En el laboratorio farmacéutico local, la actividad distaba mucho de ser febril. Le conté lo del huevo misterioso y me escuchó sorprendido, prometiendo visitar aquella misma tarde a los Allyson, de quienes confesó tener inmejorable impresión. No podía entender tampoco la naturaleza de aquel objeto ni su posible utilidad, pero no pareció convencerle la relación de los miembros del Dios Vengador con tal hecho.

Algo defraudado por mi entrevista con la autoridad local, entré en la cantina dispuesto a tomarme un buen par de jarras de cerveza mientras aguardaba la anunciada hora de oficios religiosos en el cercano local arrendado por los sectarios a la agencia inmobiliaria Harmony & Evans, situada, como todo local que se preciase en Plain Meadows, en plena calle principal.

La gente del establecimiento me miró con curiosidad, pero pronto pareció más ocupada en sus cosas que en mi persona. Unos jugaban a billar al fondo de la sala, otros preferían las máquinas electrónicas, y un joven larguirucho, vestido de vaquero y con un sombrero tejano digno de John Wayne o de James Stewart, ponía música de Michael Jackson en una gramola y la seguía con sus largas piernas.

Pedí una jarra doble de cerveza. El cantinero era un hombre flaco y huesudo, de poblada barba, que mordisqueaba una pipa de brezo muy quemada, apagada a la sazón. Por el hombre del local, imaginé que era el propio Sam Elliott.

—Sí, amigo —afirmó al preguntarle yo—. Soy Sam Elliott en persona. Y mi padre, que fue el fundador de este establecimiento, también se llamaba Sam. Por eso no he cambiado nunca el nombre. Además, ¿de qué serviría? Todos lo conocen como la cantina de Sam

Elliott, no se harían a otra idea. ¿Le gusta la cerveza? Tengo buena calidad.

—Es excelente —probé chascando la lengua—. Mucho mejor que en la ciudad.

—¿De veras? —pareció halagado—. ¿De dónde viene usted? ¿De muy lejos?

—De un maloliente infierno de asfalto llamado Chicago —suspiré riendo—. No le aconsejo que vaya por allí. Todas las grandes ciudades son vertederos asquerosos.

—Una vez, siendo muchacho, mi padre me llevó de visita a Nueva York —explicó con el habitual entusiasmo de los pueblerinos de buena fe el cantinero Elliott—. Primero me fascinó. Luego, a los tres días, estaba deseando volver aquí, pues aquello me asfixiaba. Y me he prometido a mí mismo no volver nunca más a una ciudad.

—Hace bien. Ahora está mucho peor que en sus tiempos, créame.

—No piense que esto sea tampoco un paraíso —me dijo inclinándose hacia mí con aire confidencial—. Sobre todo desde que llegó esa gente... este pueblo empieza a no ser el mismo.

—¿Qué gente? —indagué, aunque estaba seguro de antemano de su respuesta.

—¿Quién va a ser? Esos tipos uniformados de gris, que parecen haber salido todos ellos de escaparate de unos grandes almacenes. Son como maniqués, seres sin vida, demasiado elegantes y demasiado callados para un lugar como éste. Pero en cambio dentro de su local, se convierten en fieras auténticas.

—¿Usted ha asistido a alguno de sus oficios?

—¿Yo? ¡Dios me libré! Soy anglicano fiel a mi iglesia y al Señor. Esos demonios hablan de un Dios que yo no conozco. Pero empiezan a tener muchos adeptos aquí. Y he tenido algunos líos con ellos. Mire, ahí viene uno de tantos. Es Chuck Morrow. Era un buen tipo, hasta que abrazó esa maldita religión. La secta le ha convertido en otro como ellos.

Giré la cabeza, curioso. Por fin iba a conocer a un seguidor del Dios Vengador que no fuese un predicador de su dogma. La puerta vidriera de la cantina se había abierto y entró el hombre. Me quedé estudiándole, sorprendido.

Parecía tan híbrido y falto de temperamento como los miembros de la secta. Caminaba sin prisas, sin expresión en su rostro, pulcro y aseado al máximo. Tenía facciones de campesino, curtidas y agrietadas por el sol y la intemperie, pero no vestía como tal. Por el contrario, lucía una chaqueta de pana gris, muy aceptable, camisa blanca impecable, sin corbata, con un pañuelo al cuello que debía darle mucho calor en aquel agosto tan severo, y un pantalón de algodón también gris, de tono marengo, con botas pulcramente limpias y brillantes. Se había cortado el pelo a cepillo, como los predicadores de su nueva fe. Todo eso resultaba un poco postizo en un hombre de pueblo como aquél. Su mirada era oscura pero fría y distante como la de sus maestros. Algo en él no acabó de gustarme, pero no sabía lo que era a ciencia cierta.

—Hola, Chuck —saludó el cantinero sin mucho entusiasmo—. ¿Qué vas a tomar? ¿Un whisky, como siempre?

—Qué estupidez —cortó glacialmente el recién llegado. Le miró con indiferencia, y sus ojos resbalaron sobre mí casi sin verme—. Dame limonada fría. No tomo alcohol. El alcohol es el veneno que asesina al ser humano: Dios castigará a quien lo beba.

Pero sí me había visto, porque dijo eso mirándome fijamente. Yo me encogí de hombros y apuré mi cerveza, pidiendo luego otra con voz clara. Elliott rió, apresurándose a servirme. Puso la limonada ante Morrow, y éste sentenció sin pestañear ni desviar sus ojos inexpresivos de mí:

—El alcohol es vicio y pecado, el camino que el Mal elige para apoderarse de los hombres. El Señor es implacable con quienes se hunden en la ciénaga del vicio.

El cantinero soltó un resoplido. Yo tomé un sorbo de mi nueva jarra y me fui hacia el billar para ver cómo jugaban los participantes. Me miraron sin dejar de darle a las bolas de colores. Pero observé que en cambio les molestaba la presencia de su convecino Morrow. A la gente de Plain Meadows no le gustaban los Siervos del Dios Vengador, era evidente. Pero tal vez tampoco le gustó en principio a Chuck Morrow. Y ahora era un adicto entusiasta, a juzgar por sus palabras.

En el tocadiscos sonaba ahora una balada country, y el larguirucho de prendas tejanas ya no la seguía en el ritmo, dedicándose a contemplar cómo jugaban en las máquinas electrónicas otros clientes. La puerta se abrió de nuevo y entró alguien.

—Hola, Eneas —saludó una voz, riendo—. ¿Qué andas haciendo

por ahí?

Me volví rápido. Era la segunda vez que veía al merodeador de la noche anterior. Recordé lo que dijera Harmony de él. Era inofensivo y algo anormal. Ahora comprobé algo más que me sobresaltó.

Reconocí su rostro caballuno, demacrado y torpe, su mirada medrosa, sus ojos oscuros e inquietos. Pero vi en él una serie de ampollas que me hicieron recordar algo de inmediato. Miré mis propias manos. Eran las mismas ampollas.

También las descubrí en las manos de Eneas Philbrook. ¡Le había afectado también la lluvia de sangre!

Me dirigí rápido hacia él, dejando mi cerveza en el mostrador. Me miró con repentino temor y dio unos pasos atrás. Yo traté de tranquilizarle:

—Calma, amigo. Sé que eres Eneas Philbrook, un buen chico. Sólo quiero que me digas cómo te quemaste anoche las manos y la cara...

—No, no —balbució el infeliz, mirándome asustado—. No sé... No sé...

—Vamos, tienes que decírmelo. Te vi en el porche, ¿recuerdas? No me sabe mal que me visites, muchacho. Serás siempre bien recibido en casa. No huyas en otra ocasión, no voy a hacerte nada. Dime, dime qué te pasó, por qué te has quemado... Te invito a algo, anda. ¿Qué tomas? ¿Leche, refresco, zarzaparrilla?

—No quiero... no quiero nada. Me voy... Me voy... —insistió, reculando.

—Eneas, necesito saber algo —insistí—. Te alcanzó la lluvia, ¿verdad? Me refiero a aquella lluvia tan extraña, tan roja... Era barro, ¿no? Barro rojo, Eneas, ¿lo recuerdas?

—Yo no sé... ¡No sé nada, no vi nada! —chilló—. Yo no estuve en el cañaveral, no vi nada...

Y echó a correr repentinamente, desapareciendo en el exterior. La puerta sonó tras de él como un pistoletazo, sobresaltando a los ocupantes de la cantina, que me miraron con aire de reproche.

—No debió molestar al pobre muchacho —advirtió uno de los jugadores de billar—. No se mete con nadie.

—No le asusté —repliqué humildemente—. Era sólo una pregunta

inocente...

—Eneas no responde nunca preguntas. Y menos de un forastero. No vuelva a meterse con él, señor. No nos gusta.

Tomé buena nota, limitándome a asentir. No deseaba indisponerme con la gente de Plain Meadows aun que no tuvieran razón en este caso. Eneas me preocupaba. Estaba seguro de que había recibido, como yo, la lluvia roja. Y le daba miedo mencionarla. Pero en sus negativas había dicho algo raro, peculiar: «Yo no estuve en el cañaveral, no vi nada...»

¿Qué cañaveral? ¿El que estaba detrás de la casa de la señora Flossing donde yo me alojaba? ¿Qué había visto en ese cañaveral para negarlo tan asustado? ¿La lluvia de sangre? ¿O algo más?

Lástima que Eneas fuese un pobre subnormal asustadizo, a quien además era poco prudente acosar a preguntas en un pueblo que podía volverse hostil hacia mí por ese motivo. Si al menos lograra sorprenderle un día a solas en alguna parte, lejos de sus convecinos... Pero estaba seguro de que sería muy difícil sonsacar algo a un pobre diablo como él.

El reloj de la cantina señalaba ya las seis y veinticinco minutos. Chuck Morrow miró su reloj mecánicamente. Dio media vuelta, alejándose hacia la salida sin haber apurado su limonada por completo.

«Es curioso —pensé—. Es como si algo le llamara. Va a esos oficios como atraído por una voz inaudible... Creo que esa gente fanatiza a sus fieles hasta extremos casi hipnóticos.»

Pero yo mismo, aunque no estaba en el mismo caso, me encaminé ahora a la puerta, tras vaciar mi segunda jarra de cerveza. Me dirigía al mismo sitio que Morrow: al local llamado Salón de los Siervos del Dios Vengador, como rezaba en su fachada en un cartelón muy grande, pintado en gris y rojo, tonos que parecían constituir un distintivo de aquellos fanáticos, como el blanco y el amarillo pueda serlo del Vaticano.

Además del nombre del local, los sectarios habían extendido una enorme pancarta pintada en tela. Letras rojas sobre fondo gris, para no variar. Su contenido me inquietó, pese a su origen bíblico, a causa de su oculto pero explícito sentido en relación con su modo de ver las cosas divinas:

«MIA ES LA VENGANZA, DIJO EL SEÑOR»

Y más abajo, en letra más pequeña, otra cita bíblica en igual sentido: *«Pero Dios les quebrantará los dientes dentro de la misma boca...»* (SALMOS, LVII, 7)

Por muy bíblico que fuera todo ello, y yo sabía que lo era, la elección de esos párrafos evidenciaba una creencia basada únicamente en el castigo divino, llevado por los textos del Antiguo Testamento a su más violenta expresión. Entré en el recinto mezclado con bastantes personas de ambos sexos de la población, que; parecían tan sometidas al influjo hipnótico de la secta como el propio Morrow. Desfilaron a mi lado tan ajenos a mi persona que me sentí como si fuera invisible o poco menos.

El local estaba habitado en toda su enorme amplitud —en realidad era como un vasto cobertizo, un recinto de una sola nave, capaz para mucha gente—, con telas y cortinas grises, salpicadas de versículos de la Biblia relacionados siempre con la venganza o el castigo divino contra aquellos que merecieran las iras de un Dios terriblemente cruel e inexorable. A ambos lados de la sala se formaban estrados con asientos, tras unas vallas, y en su centro, al fondo, una plataforma más elevada, con un atril donde reposaba una voluminosa Biblia, así como un estrado para el conferenciante de turno. Como fondo de todo ello, un símbolo que me trajo un mal recuerdo súbito: un óvalo gris montado en el aire, con la frase **«SEÑOR, TU VENGANZA CAIGA SOBRE MI»**, en letras rojas. La gente, provista de unos folletos de tapas grises, leía en ellos algo en tono de oración o plegaria. Un hombre de uniforme gris, piel blanca, pelo casi albino y ojos azules me entregó uno de esos folletos sin mirarme apenas. Yo abrí sus hojas, fingiendo leer en voz alta.

Era todo un compendio de las frases y versículos más amenazadores de la Biblia, citas de castigos, venganzas y penitencias atroces. Sin duda habían elegido lo más granado de tal género, rebuscando minuciosamente en los textos sagrados, y dándoles una interpretación de lo más virulento.

Las luces de la sala eran crudas, muy fuertes, y el ambiente me parecía terriblemente gélido, pero la gente parecía no advertir eso. Antes al contrario, se les veía ensimismados, absortos en la lectura. Cuando de repente sonó en alguna parte un órgano emitiendo notas de música religiosa, el murmullo de voces cesó. Todas las miradas

convergiéron en el estrado, y la cortina grisdel fondo se alzó lentamente. Con majestuosa lentitud, apareció en ella un hombre tan semejante a todos los demás como una gota de agua a otra: rubio, pálido, ojos celestes, uniforme gris, corbata roja, expresión lejana, aire mecánico. Sólo que éste lucía sobre sus hombros una capa, también gris, con ribetes rojos, en la que se veía una especie de cruz de varios brazos, en color carmesí brillante. Los presentes se pusieron en pie al unísono y yo también lo hice. El recién aparecido, como todos sus colegas, llevaba un óvalo rojo en la solapa, con un nombre. Mis ojos pudieron leerlo a distancia: Sr. Sindham.

—¡Os habla vuestro Maestro Mayor, el muy honorable y digno Desmond Sindham —sonó una voz por los amplificadores.

—¡Gloria al Maestro Mayor Sindham! —corearon docenas de voces sumisas.

—¡Gloria! —aclamaron los siervos de la secta, colocándose ordenadamente en dos hileras, a ambos lados del gran estrado central.

Los conté. Harmony y la joven Verity me habían hablado de una docena de ellos, poco más o menos. Se hubieran sorprendido. Yo veía allí dos hileras de quince personas cada una. Ya eran una treintena. Recordé una palabra de Verity: *invasión*.

Si realmente lo era, constituía la más silenciosa e insensible invasión que había visto jamás. Estaban poblando paulatina e incansablemente Plain Meadows por momentos. Además, todos seguían siendo iguales. No tenían la misma cara exactamente, pero me hubiera costado diferenciar a uno de otro.

—¡Hermanos queridos! —sonó la voz del Maestro Mayor a través de los altavoces, cuando se situó ante el micrófono—. ¡Bien venidos a la casa del Señor!

—¡Bien hallado seas, Maestro! —resonaron las voces a coro, en una letanía bien aprendida.

Me pasmaba la docilidad de aquellas personas, so metidas del todo a su predicador. Eran como un rebaño fiel hasta la muerte. Daban la impresión de estar drogados por un alucinógeno capaz de anular su propia voluntad. Supongo que todas las religiones, en el fondo, y especialmente las sectas modernas, son algo parecido.

—Hermanos, de nuevo nos reunimos en la casa de nuestro justo Señor para recibir la penitencia a nuestros pecados, el castigo a nuestros errores y faltas. El, en su infinita sabiduría, será el juez de

todos nosotros, como está escrito.

—Y así está escrito —corearon las voces de sus fieles, al unísono.

Les miré, pensativo. Había algo de irreal en todo aquello. No podía dejar de pensar en un fenómeno cercano a la vampirización. He visto en mi vida a muchos políticos decir tonterías y mentiras grandilocuentes, falsedades y promesas "huecas que hacen normalmente todos los políticos del mundo a sus crédulos seguidores, y siempre me ha admirado la capacidad de estupidez y de cretinismo absoluto que tiene el ser humano para votar luego con entusiasmo a semejante pandilla de embusteros ilustres. Pues bien, esto de ahora me hacía pensar en algo parecido, llevado al terreno de lo religioso. Estaba seguro de que aquella gente hubiera hecho cualquier cosa por quien les dirigía la palabra: incluso matarse colectivamente sin la menor queja en sus labios. Y no hubiera sido la primera vez que eso ocurriese en seguidores de una secta de fanáticos.

—Hermanos, debemos ser más fuertes que nunca para expulsar al enemigo de nuestro corazón, de nuestra casa y de nuestra vida —proseguía el Maestro Mayor con énfasis, pero sin mover un músculo de su fría cara blanca—. ¡Luchemos todos unidos para enfrentarnos al mal común y elevemos loas a nuestro Señor que nos proteja mientras seamos puros y dignos, para castigarnos ferozmente si somos unos ingratos desalmados! ¡Está escrito que sólo los puros de corazón, los leales y honestos, serán salvados!

—Y así está escrito —se repitió el estribillo en la boca de los fieles.

—Yo os voy a hablar hoy de un peligro cierto que nos amenaza a todos —la voz del Maestro se iba elevando de tono paulatinamente, hasta invadir con resonancias profundas toda la sala, pareciendo subyugar a los oyentes, en auténtico éxtasis—. Os voy a revelar que la traición acecha a nuestra fe, que el enemigo está dentro de nosotros y que nos espía solapadamente, esperando nuestra debilidad para atacarnos. ¡Recelad de vuestros vecinos y amigos que no os comprenden! ¡Huid de la falsa amistad de quienes se burlan de vuestra fe! ¡Rechacemos todos a quienes se mezclan entre nosotros para destruirnos!

E inesperadamente, su brazo se alzó, su dedo índice acusador, terrible, hacia una persona presente en el local.

Directamente *hacia mí*.

CAPITULO V

Me quedé de una pieza. No esperaba eso, la verdad. Azorado, dejé caer el folleto de mis manos. Miré alrededor, a quienes me rodeaban. No vi más que ojos acusadores y hostiles. Varios de los presentes iniciaron la marcha hacia mi persona, con gesto agresivo. Muchas voces se alzaron en la sala, resonando huecamente en su alta bóveda:

—Rechacemos a los traidores y a los espías... Defendamos nuestra fe... Acabemos con quienes nos traen la codicia, el pecado y la maldad... ¡Señor, Tu venganza contra el hombre que falta a Tus leyes sagradas!

—¡Venganza, Señor! —aclamaron las voces todas a coro, mientras me sentía asaeteado por miradas hostiles y feroces.

—¡Venganza! —repitió el Maestro, alzando sus brazos al aire, como invocando algo, sin quitar de mí sus helados ojos azules—. ¡La venganza del Señor contra quien profane este templo por simple curiosidad malsana!

Empecé a retroceder paso a paso, acorralado por aquella turba endiablada que parecía sufrir de hipnosis colectiva y obedecer en todo a su predicador. Los hombres de gris también se movían ya hacia mí sin ninguna apariencia amistosa en el rostro.

Salté una valla, y varios ciudadanos de Plain Meadows se interpusieron en mi camino con expresión de extraño odio irracional en sus caras contraídas. Algunas manos se alzaron contra mí.

—¡Ya basta, fantoches! —rugí, airado—. Sólo pretendía asistir como oyente, no es ninguna profanación de vuestra maldita fe ridícula ¡Ya me voy y os dejo con vuestros fanáticos sueños de venganza divina! Dios no es lo que vosotros adoráis, no hay tanta crueldad ni odio en El.

Dos individuos fornidos, de manos rudas, me habían aferrado ya, con ánimo poco amistoso. Tuve que disparar mis puños contra ellos, sin contemplaciones, y apartarles de dos directos, para poder ganar la puerta. Salté por encima de una silla que alguien había volcado a mi paso, le pegué a otro en pleno hígado y logré salir al exterior resoplando, tras caer de rodillas al recibir un patadón de otro fiel.

La puerta del recinto se cerró tras de mí, no sin que antes pudiera oír una nueva letanía de las voces de los fieles, allá dentro:

—El Señor haga caer su venganza sobre el impío. El templo está ya limpio de traidores y de herejes... El Señor perdone esta ofensa.

—Están todos locos —jadeé, sacudiendo mis ropas de polvo y tocándome la parte dañada por el puntapié, junto a mi cadera—. Esa gente les ha lavado el cerebro de un modo increíble; ni siquiera parecen seres humanos...

Regresé a la cantina, donde esta vez pedí un whisky doble para recuperarme de mi desagradable experiencia en el centro religioso. El cantinero Elliott me miró con expresión irónica tras servirme.

—¿Ha salido malparado de su visita a los Siervos del Dios Vengador? —indagó.

—Sí, ¿cómo lo sabe? —gruñí, tomándome un trago.

—Bueno, no es el primer caso —sonrió—. Mi amigo Barnaby Dexter visitó también a esa gente un día, con ánimo de saber qué diablos predicaban realmente. Tuvo que salir por pies, como usted. Casi querían lincharlo, pobre Barnaby. De todos modos, nunca pensé que esa experiencia pudiera impresionarle tanto.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno, desde entonces está bastante enfermo. No sale de casa, tiene miedo a ver la luz, a pisar la calle, a hablar con la gente. Ha cerrado todas las persianas y postigos, no recibe a nadie, y solamente el doctor Hawkins ha podido visitarle en contadas ocasiones, encontrándole cada vez peor, más desmejorado, más abatido y hostil a los demás.

—Sí que es raro... —medité, pensativo—. Espero que no me ocurra a mí lo mismo, amigo Elliott. Esa gente, después de todo, no parecen ser hechiceros ni brujos.

—No, pero quizás sean algo peor —murmuró el cantinero meneando la cabeza—. Tal vez el mismo diablo esté tras de ellos, y por eso presenten una imagen tan dura y agresiva de Dios...

Se retiró a despachar a otro cliente. Yo me quedé meditando ante mi whisky, la mirada perdida en el vacío. Quizás el cantinero tenía razón. El diablo... Aquella gente era extraña, insólita. Y peligrosa. No tenía motivos para pensar eso, pero algo me decía que realmente lo eran. Dominaban demasiado las voluntades ajenas, eran

excesivamente expertos en manipular a las gentes según sus oscuros designios, inducirlos a la violencia, al odio, al fanatismo enloquecido y ciego según una forma de ver las cosas totalmente distorsionada y falsa.

—Me gustaría saber, realmente, qué clase de gente son esa secta cuando no hay delante un público fiel, cómo se comportan en realidad en su intimidad, entre ellos mismos —murmuré hablando conmigo mismo.

Y eso me sugirió la atrevida idea que aquella noche misma decidí poner en práctica: es decir, visitar clandestinamente el Centro de Siervos del Dios Vengador, fuera de las horas de sus cotidianos oficios religiosos...

Esa noche, después de cenar en el restaurante local, no lejos de la cantina de Elliott, a base de pescado de río y asado de cordero, me dispuse a llevar a cabo mi aventura nocturna.

Penetrar en el santuario de la secta cuando solamente ellos, sus predicadores y proselitistas estaban dentro...

* * *

Una potente linterna, capaz de graduar su luz hasta conseguir simplemente un delgado rayo apenas visible, me bastó para mi incursión nocturna.

Eso, y una buena dosis de valor, naturalmente. Mi primer contacto directo con los sectarios, distaba mucho de haber resultado alentador. Sólo Dios sabía lo que podía suceder si aquella gente me sorprendía profanando su intimidad en horas ajenas a sus prácticas públicas.

Adquirí esa lámpara en el almacén del pueblo, pero ni remotamente se me ocurrió aceptar la sugerencia de mi subconsciente de comprar asimismo un revólver con munición por lo que pudiera ocurrir. Yo no era un detective ni un comando en servicio especial, sino simplemente un veraneante demasiado curioso, interesado por una secta extraña que parecía relacionarse con la presencia de un misterioso huevo gris conteniendo sangre, hecho que a la vez parecía tener conexión con una sorprendente lluvia sanguinolenta.

Entrar en el edificio arrendado por los miembros de la secta no resultaba ninguna hazaña digna de un personaje de telefilm, la verdad. Más bien resultó sorprendentemente fácil, dada la naturaleza hermética y oscura de la organización religiosa.

Me bastó forzar un ventanuco a ras del suelo, en la parte trasera de la edificación, para tener acceso a un sótano oscuro y amplio, en el que permanecí el tiempo justo para habitar mis ojos a la oscuridad. Era preferible moverse entre sombras el mayor tiempo posible, a utilizar con imprudente frecuencia la lámpara recién adquirida.

Comprobé que el sótano tenía un segundo subsuelo debajo, al que daba acceso una puerta metálica, pero ésta estaba herméticamente ajustada y no pude franquearla en modo alguno, por lo que decidí dirigir mis pasos hacia la parte alta de la casa, sin más rodeos.

Otra puerta, ésta más accesible, me condujo a una salida que daba a un largo corredor. Me moví por él cauteloso, sin oír ruido alguno en torno mío. Pronto asomé a un lugar cubierto por altas telas y cortinajes grises. Comprendí que estaba en la que se pudiera denominar trastienda del salón destinado a actos y oficios, detrás del gran cortinaje gris del fondo, ante el que hablaba el Maestro Mayor, el agresivo Desmond Sindham, el hombre que me apuntara a mí con dedo acusador, iniciando una especie de «caza de brujas» por parte de sus fieles.

El lugar, a la sazón, estaba desierto y en absoluto silencio. La única luz reinante provenía de unos tragaluces en el techo, por los que entraba el reflejo de la claridad de la calle principal de Plain Meadows. Tras recorrer la zona con cautela, resolví que allí no había nadie en absoluto. Me detuve, perplejo, junto al alto y pesado cortinaje, meditando.

Casi me sorprenden. Tuve el tiempo justo de agazaparme y hundirme tras los pliegues de una cortina. Los dos hombres de gris pasaron a menos de diez pulgadas de mi persona, casi rozando el cortinaje. Iban caminando silenciosos, sus pies no producían ruido alguno y no entrecruzaban la más mínima palabra. Se perdieron en el corredor, sin que oyera el sonido de sus voces. Tan sigilosamente como aparecieran, habían desaparecido de mi vista. Pero me dijo que debía de tener mucho cuidado. Aquella gente se movía como auténticos felinos, como sombras. No se les oía, no eran fáciles de advertir. Y ni siquiera hablaban. Toda la fuerza de su garganta debían guardarla para sus oficios religiosos.

Seguí adelante, más precavido que nunca. Y me dirigí al punto de donde procedían esos dos, al lado opuesto del corredor. Vi al final de éste una escalera ascendente a la segunda planta del edificio. Me detuve, pensativo.

El riesgo empezaba a ser mucho. Si me aventuraba allá arriba,

¿me sería fácil escapar de allí caso de ser descubierto por los hombres de traje gris? La cosa distaba bastante de ser clara. Y yo estaba llevando demasiado lejos mi aventura.

Mi indecisión duró muy poco. Estaba decidido a llegar hasta el fin. Comencé a subir los peldaños de la escalera con el máximo cuidado. Allá arriba había luz, sí, pero también un silencio total, inquietante y profundo. ¿Es que nadie hablaba allí durante las horas de la noche? ¿Había alguna promesa monacal entre aquellos sectarios que les impedía cruzar palabra, como ciertas órdenes religiosas?

Llegué arriba. Era la última planta del edificio, a menos que éste tuviera desván, lo cual era probable. Miré a ambos lados del corredor. Ni rastro de persona alguna, pero tampoco sonidos de ningún género. Sin embargo, sí había luz. Al fondo, a mi izquierda. Luz eléctrica, procedente de una puerta entreabierta.

Me moví hacia allá, pegado al muro, consciente de lo que arriesgaba en aquella incursión temeraria. Pero era tarde para echarse atrás. Mi curiosidad era mucho más fuerte que mi sentido común. Algo me decía que posiblemente estaba cerca, muy cerca de la clave de aquel misterio, de la pista que podía explicarme muchas cosas hasta entonces incomprensibles.

No sabía yo lo acertado que estaba al pensar eso, pero también lo torpe que era por mi parte correr tanto riesgo en algo que no me afectaba personalmente. Claro que entonces yo ignoraba que sí que afectaba y muy de cerca, como a cualquier otro ser humano. Pero por entonces aún no había llegado a conocer la espantosa verdad, el horror al que me estaba enfrentando sin más bagaje que mi voluntad ni más armas que mi decisión inquebrantable de esclarecer un misterio que me atormentaba.

Alancé la puerta entreabierta. La tenue claridad que procedía de su interior, de una cámara situada tras una especie de antecámara en penumbra, apenas disipada por la luz del fondo. Sin dudarlo penetré en esa antesala, amueblada solamente con una mesa circular, dos butacas y un bargeño antiguo. Un cortinaje recogido, de color gris naturalmente, separaba en parte esta estancia de aquella otra donde había luz.

Me acerqué, pegado al muro. Ahora, sí. Pude escuchar una voz. Apagada, tenue, pero inconfundible por su tono frío, autoritario y firme: era la voz del Maestro Mayor, Desmond Sindham. Sus palabras me produjeron un escalofrío:

—Es preciso encontrar el huevo —decía—. Y destruir a quienes lo tienen.

Una pausa. Sentía palpar con fuerza mi corazón, De repente, un sudor frío y viscoso había empezado a empapar mi frente. Contuve el aliento. Otra voz respondió:

—Es evidente que lo tienen los Allyson.

—Lo sé. Pero debió encontrarlo ese hombre que vi no esta noche, Frank Sheybal —afirmó Sindham.

Me dejó helado. Sabía mi nombre perfectamente. Y parecía seguro de cuanto decía. No emitía hipótesis, sino afirmaciones rotundas.

—Pudimos haber evitado su fuga —señaló la otra voz.

—No podíamos, con nuestros fieles presentes. Tiempo habrá de ello. No tiene evasión posible. Nadie la tiene, hermano Stuart.

Otra letra S como inicial del apellido. Igual que todos ellos, pensé. Su conversación me resultaba cada vez más inquietante.

—También está la lluvia... Ese forastero ha hablado de ella a todo el mundo.

—Sí, ese Sheybal es un problema desde que llegó. Por dos veces ha tropezado con nosotros sin saberlo. No habrá una tercera ocasión. Es demasiado riesgo. El nunca debe sospechar nada. Nadie debe hacerlo.

Sospechar, ¿qué?, me pregunté asustado. ¿Qué profundo misterio desconocido ocultaba la presencia de aquella siniestra secta en Plain Meadows, en el apacible paisaje campestre de Iowa?

—Nos ocuparemos de él, Maestro. En cuanto se decida así.

—Será mañana mismo. De él y de los Allyson. Son todos peligrosos. Si han abierto ese huevo, si lo han roto, si lo entregan a alguien... puede complicarse el asunto. No quiero problemas. No los ha habido y no debe haberlos. La misión debe cumplirse. Nuestros proyectos no pueden ser abatidos por un vulgar humano.

Mi temor empezaba a ser angustia. Mi escalofrío de ahora estaba más que justificado.

Humano.

Había empleado esa palabra refiriéndose a mí. El Maestro

Sindham me había llamado «humano» con tono singular, entre frío y despectivo. Si yo, para él, solamente era «un humano»... ¿qué era él? ¿Qué eran los suyos todos, ellos?

¿Es que no son humanos, Dios mío? me pregunté, aterrado.

Evoqué su fría apariencia, su hermetismo deshumanizado, su falta de expresión, su semejanza entre sí, como seres fabricados en serie. «Maniqués», les había llamado Elliott el cantinero. Yo había considerado que eran autómatas. Para Verity Allyson, eran como personas sin sentimientos ni emociones.

No eran humanos.

Era eso. Y saberlo me causó un horror profundo, inexplicable. Confirmar una sospecha tan espantosa podía causar el desequilibrio de la mente más razonable. Ciertamente que todos hemos oído hablar de robots, de androides, de máquinas perfectas, incluso de seres biónicos, fabricados en laboratorios de electrónica, imitando a los humanos. Pero nadie, jamás, se había encaramado a lo que yo supiera a seres tan perfectamente copiados de los humanos, a duplicados tan perfectos en su apariencia externa...

La noticia, el aturdimiento que me provocaba ese shock, debió hacerme olvidar de mis propias cautelas anteriores. Lo cierto es que, de repente, tuve la desagradable sensación de que cometía un error, de que no estaba siendo lo bastante prudente.

Por desgracia para mí, era demasiado tarde cuando lo pensé.

Porque al girar la cabeza, intuyendo la proximidad de un peligro, éste se materializó a mis espaldas en forma de ataque repentino y violento.

Una sombra se abatió sobre mí silenciosa y rápida. Levanté el brazo, tratando de proteger mi cabeza de un impacto previsible. Sólo lo conseguí en parte. Algo me golpeó violentamente en la sien y el rostro. Fue un choque brutal. Y, sin embargo, hubiera jurado que en simplemente una mano la que lo causaba. Una mano plana pegando en mi cabeza con fuerza demoledora,

Todo me dio vueltas, miles de luces bailotearon ante mí endiabladamente, sentí que giraba sin parar en el vacío, que el suelo venía a mi encuentro y chocaba conmigo violentamente.

Luego, nada.

Me hundí en la inconsciencia, sin saber si aquel era una simple

pérdida de sentido o la propia muerte.

* * *

—Ya se recupera.

No sabía quién hablaba, pero oí las palabras. Alguien añadió en otro lugar:

—Sí, está volviendo en sí. El medicamento surtió efecto.

—Claro. Tenía que resultar. Está experimentado para los humanos.

«Para los humanos...» Humanos. HUMANOS.

Eso me hizo volver a la realidad con la brutal impresión de que mi pesadilla, mi horrible pesadilla, era algo más que un sueño. Todo había sido real. Absolutamente todo. Ellos estaban allí. Y yo estaba en su poder. Y ellos... *ellos* ni siquiera eran humanos, bastaba oír cómo se referían a nosotros.

Pude mirar sin sentir mareos. Me dolían aún terriblemente la sien y el pómulo, pero al menos fui capaz de reconocer a quienes me rodeaban.

Eran ellos, con sus trajes grises, sus corbatas rojas, sus placas de identificación en la solapa, su aire gélido y deshumanizado, su extraña semejanza entre sí.

Había seis hombres... o lo que fuesen. Entre ellos, mirándome con fijeza, el Maestro Sindham. Cruzado de brazos, con una mueca fría en sus labios delgados e incoloros, parecía concederme muy poca importancia. Yo ni siquiera estaba atado. No debía de resultar peligroso para ellos. Recordando la impresión que tuve de que simplemente una mano suya había caído sobre mi cara como un mazo de sílex, pensé que si su fuerza física era tal, yo no podría hacer nada para escapar de ellos.

—¿Qué significa esto? —pregunté, sentándome en el suelo, donde estaba tendido durante mi inconciencia—. ¿Por qué me golpearon?

—¿Y usted lo pregunta, señor Sheybal? —suspiró el Maestro indiferente—. Vamos, vamos, no pensará engañarnos, ¿verdad? Le sorprendimos dentro de nuestra propiedad, clandestinamente. Eso tiene un castigo concreto en las leyes, ¿no es cierto?

—Pero ustedes no van a recurrir a las leyes. Les tienen sin

cuidado, ¿no?

—Quizás. De momento, el infractor es usted. Debe felicitarse de no estar muerto. La Ley nos protegería en ese caso.

—Casi me matan —gruñí—. ¿Con qué me golpearon?

—Eso importa poco. Está vivo, y es lo que cuenta.

—¿Vivo? Creo que gracias a algún fármaco que desconozco.

—En efecto. Si no, hubiera muerto sin remedio con un derrame cerebral a causa del golpe sufrido. Por fortuna, tenemos un medicamento muy eficaz que previene esos derrames fatales, señor Sheybal. Nos debe la vida, ¿comprende?

—¿Por qué me la han salvado? Estoy seguro de que no es un acto caritativo ni humanitario.

—¿Por qué cree eso?

—Porque ustedes ni siquiera son humanos.

Se quedó mirándome larga, fría, inexpresivamente. No parecía haberle impresionado, pero sí sorprendió ligeramente. Al fin admitió con voz helada:

—En efecto, señor Sheybal. Le felicito por su agudeza. No somos humanos. Pero usted nunca revelará eso a nadie.

—Sí, supongo que van a asesinarme. ¿Qué son, exactamente? Si no voy a poderlo decir, no creo que importe conocer la verdad sobre ustedes.

—Es algo muy complicado de exponer. Sólo le diré que ni siquiera somos de *este* mundo, señor Sheybal —explicó, apaciblemente, el Maestro Mayor Sindham,

CAPITULO VI

De otro mundo, entonces. Eso es lo que eran ellos. Procedentes de alguna otra parte de lo Desconocido, de lo inexplicable.

Muchas explicaciones inmediatas rondaron por mi cabeza al oír pronunciar aquella frase al Maestro Sindham. Evoqué la lluvia de sangre, el huevo gris repleto de algo parecido a hemoglobina, contemplé una vez más el aspecto deshumanizado y glacial de su presencia física. Y mil teorías disparatadas, a cual más increíble, desfilaron ante mí en escasos segundos.

Tardé en hablar. Cuando lo hice, me sorprendió mi propia vulgaridad:

—No comprendo absolutamente nada. Ni puedo creer lo que me ha dicho. Todo esto carece por completo de sentido.

Creí que se iba a reír a carcajadas. Pero no lo hizo. Tal vez aquella gente ni siquiera sabía reír. Sus pálidas carátulas se mantuvieron inexpresivas, contemplándome como si estuvieran a gran distancia de mí, separados por una barrera invisible.

—Le creí menos torpe, señor Sheybal —dijo con frialdad—. ¿No comprende, o no *quiere* comprender?

—Sinceramente, no lo sé. Pero ¿qué significa, exactamente, «no ser de este mundo»?

—Justo lo que se dice en las mismas palabras. Usted es de aquí, de este planeta, de un lugar llamado Tierra. Nosotros, no. ¿Le basta eso?

Asentí. Claro que me bastaba. Casi sentí ganas de reír.

Había leído tanto sobre posibles invasiones extraterrestres que aquélla me producía cierta hilaridad al dar la impresión de ser real. Siempre se ha soñado con marcianos y cosas así... Siempre los hemos imaginado de modo disparatado y monstruoso, desde los extraños seres que Orson Welles relató en su guerra interplanetaria y que un día aterró a América a través de la radio, hasta los más modernos y sofisticados de otras obras basadas en teorías científicas algo más verosímiles. Siempre con xenofobia, eso sí. Para los humanos, para los terrestres, el ser de otro planeta ha sido en toda ocasión un peligro, una amenaza.

Y ahora, de repente, parecía que yo, precisamente yo, me encaraba a una situación parecida, pero hecha realidad. Sólo que los

extraterrestres no tenían nada de apariencia monstruosa; eran simples seres de aspecto humano, aunque sus reacciones resultaran mecánicas y frías, y su físico demasiado semejante entre sí.

—Extraterrestres... —murmuré, moviendo la cabeza.

—Puede llamarnos así, en efecto —asintió él con sequedad.

Me quedé mirándole en silencio. Era como si aquellas criaturas aparentemente humanas hubieran llovido del cielo. ¿Cómo llegaron a la Tierra, si el Maestro Sindham no se estaba burlando de mí, cosa que no parecía encajar en su peculiar idiosincrasia?

Pareció leer mis pensamientos, lo cual me inquietó bastante:

—Hemos venido, ciertamente, de más allá de esas estrellas —dijo—. Usted lo definiría así: Llovidos del cielo, señor Sheybal.

—Eso es ridículo. No pueden llover seres humanos del cielo.

—Era una imagen retórica adaptada a su mentalidad de ser humano nacido en la Tierra —esta vez casi hubo un asomo de sonrisa en sus exangües labios—. Usted tuvo el privilegio de presenciar una extraña lluvia, ¿recuerda? Sucedió anoche.

—La sangre.

—Así es. Era *nuestra* sangre.

—Dios mío... —moví la cabeza, alucinado.

—Lo entenderá mejor si viene conmigo —invitó, incorporándose con aire abúlico. Hizo un gesto a sus esbirros—. Sígame, señor Sheybal. Me gustaría mostrarle algo que ningún humano ha visto jamás.

Me ayudaron a incorporarme. El cuerpo no me dolía, pero mi cabeza seguía siendo una olla a presión. Y donde recibí el golpe notaba palpitaciones lacerantes.

Sindham caminó hacia el fondo de la sala, donde se abría la puerta de salida. Yo le seguí. Tras de nosotros se pusieron en marcha los silenciosos miembros de la secta.

Fue una larga caminata, de regreso a mi punto de partida dentro de aquella casa. Poco después estaba de nuevo en el oscuro sótano. Ellos dieron luz y unos tubos fluorescentes desparramaron una luz azul y fría por la amplia nave desierta.

Pero nuestra excursión tampoco terminaba allí. Mi anfitrión me condujo hasta la misteriosa puerta metálica, cerrada herméticamente, allá al fondo del sótano. La abrió con unas llaves que extrajo de su bolsillo, y se hizo a un lado, invitándome a entrar el primero. Por un momento temí una trampa, pero de inmediato pensé que era una idea absurda. Si hubieran deseado asesinarme, les habían sobrado ya ocasiones para hacerlo sin tanta molestia por su parte.

—Entre, entre —insistió—. No tema nada. Predicamos la violencia, pero no nos gusta ser físicamente violentos. Si uno de mis hombres le golpeó, fue porque era necesario reducirle y evitar su fuga, señor Sheybal. Aun así, lamento que le causara daño. Físicamente somos muy fuertes, ya lo habrá comprobado.

No dije nada. Pasé al oscuro subsuelo del segundo sótano. Otra luz fue encendida y se extendió por el recinto pálidamente desde el alto techo. Seguía sin ver nada. Sólo muros vacíos y algo húmedos me rodeaban. El lugar olía a abandono y soledad.

—No veo nada —dije secamente.

—Tenga paciencia. Lo verá en seguida —me prometió el Maestro Mayor de aquella siniestra secta formada según ellos por seres de otros mundos.

Caminó unos pasos y le vi inclinarse ante uno de los muros, donde pulsó un resorte que sin duda permanecía oculto a simple vista. En ese muro se deslizó silenciosamente un panel, hundiéndose en la propia pared. Una abertura rectangular, de unas dos yardas de ancha por una de alto, se mostró abierta ante nosotros. Pero al otro lado, todo era oscuridad.

—Venga aquí —me pidió Sindham suavemente—. Prepárese a ver algo sorprendente, señor Sheybal. Tal vez entonces empiece a comprender.

Desconfiado, avancé unos pasos y me acerqué a la abertura del muro, junto a él. Traté de mirar, sin ver nada en la oscuridad. El presionó otro resorte. Se hizo un vago resplandor rojizo tras lo que parecía ser un muro de vidrio empotrado en la pared.

Y entonces sí *lo vi*. Lancé una sorda exclamación de horror y di un paso atrás.

—Dios mío... —murmuré, espantado.

—Ahora ya lo sabe —habló él lentamente—. Ahí tiene la

explicación. *Eso... eso somos nosotros.*

Supe entonces de dónde procedía la extraña invasión. Conocí la terrible verdad ante aquella visión espeluznante, irreal, propia de una angustiosa pesadilla.

* * *

No podía apartar mis ojos de aquello. Me mantenía como hipnotizado, absorto en su contemplación, haciéndome mil horribles preguntas sin respuesta.

Bajo la luz rojiza, algo se agitaba, palpitante, provisto de vida. Algo repulsivo y fofo. Una especie de gelatina roja, como sangre coagulada, que se estremecía con temblores muy parecidos a los de un enorme corazón bombeando sangre. Pero eso, con ser horrible, ya que era como una densa capa gelatinosa, translúcida y de un rojo sanguinolento, no era lo peor.

Debajo de la materia que palpitaba, se veían docenas, centenares de huevos grises, idénticos a aquel que encontré junto a la granja de los Allyson durante la mañana. Se amontonaban masivamente bajo la protectora envoltura gelatinosa, como en una espantosa incubación. Algunos de ellos estaban rompiéndose en el momento de mirar yo, pero no eran precisamente aves lo que surgía de ellos, sino unas extrañas formas, pareri das a bulbos rojizos, envueltos en una membrana como la de las criaturas al nacer. Eran de tamaño de cachorrillos, estremecidos y palpitantes. Pero lo más horrible de todo era su forma.

Tenían toda la apariencia de una forma humana, el contorno de una criatura sin rostro, con los miembros o extremidades deformes, con su cabeza bien perfilada sin embargo. Todo ello en una materia blanda, roja, que causaba repugnancia. Al desprenderse del interior del óvulo gris, era rápidamente recogido por la materia informe y viva, que parecía protegerlo en un segundo período de incubación. Vi cosa de una veintena de aquellas formas incipientes e incompletas, en medio de cáscaras rotas y huevos todavía intactos.

—Es espantoso... —jadeé, volviéndome hacia mi anfitrión, seguramente lívido como un muerto.

—Para usted, probablemente —aceptó él indiferente—, para nosotros es natural. Nacemos así. Nos formamos así.

—De modo que esto... es como una fábrica de supuestos humanoides, una gran incubadora de nuevos seres vivientes de

apariencia humana...

—Algo así. Lo ha descrito muy gráficamente, señor Sheybal. Acaba de ver que no es absolutamente necesario nacer del vientre de una madre, como ustedes.

—Esos huevos... ¡contienen embriones humanos!

—Sí. Al menos... *parecemos* humanos —y esta vez sí sonrió.

—Cielos, es horrible, horrible... —gemí—, Y esa... esa materia que palpita... ¿qué es, exactamente?

—Nuestra materia madre podríamos decir. Un medio de nacer perfectamente incubados. Sin ella, los huevos se deteriorarían, privados de vida. En pocos días, nuevos seres irán formándose, crecerá nuestra comunidad...

—Y la *invasión* se irá fortaleciendo inexorablemente.

—¿Invasión? —sus ojos azules me estudiaron con total ausencia de emociones—. Es una palabra suya, no mía. Sólo estamos creciendo, adaptándonos a su sociedad, señor Sheybal.

—Miente —casi grité, encarándome con él. Señalé hacia el hueco en el muro. ¡Esa horrenda ceremonia no es sino el prólogo de una invasión en toda regla! Tienen aquí la materia prima para que cada huevo sea un hombre como ustedes en un futuro inmediato. Así van llenando este pueblo de seres pálidos, rubios y de ojos azules, fríos como máquinas, inhumanos como babosas, dispuestos a algo que resulta fácil de imaginar.

—¿Qué es lo que, según usted, resulta fácil de imaginar? —indagó suave.

—¡El fin de nuestra propia raza! ¡El control del mundo por todos ustedes! —seguí, congestionado—. Lo veo todo muy claro. Se han infiltrado entre nosotros sin que nadie sospeche, adoptan la personalidad de unos sectarios fanáticos, dominan a los humanos que caen en su tela de araña, convirtiéndoles en simples autómatas sin voluntad, y ustedes crecen y crecen sin parar. Cuando hayan crecido demasiado y sea imposible ocultar la invasión real que planean, nadie podrá oponerse a ella, porque su política de captación de las voluntades humanas habrá dado sus frutos, y la propia sociedad asistirá impasible a su destrucción sin mover un dedo para evitarla.

—Su imaginación es fértil, señor Sheybal. Pero si todo eso fuese cierto, ¿de qué le serviría saberlo? Nadie va a escuchar sus palabras. E

incluso si lo hiciera, ¿quién iba a creerlas?

—Esos huevos... ¿de dónde vienen esos huevos, cómo llegan aquí?

—Ya se lo dije antes: del cielo. Anoche asistió usted a esa lluvia desdichada. Fue un error nuestro, un fallo. Nadie es perfecto, ni siquiera nosotros. El error provocó la destrucción de cientos de huevos en el aire. Se pulverizaron lamentablemente, y su contenido se derramó en forma de lluvia. Es la sangre que usted vio caer del espacio. *Nuestra* sangre, señor Sheybal. Algún que otro huevo quedó indemne y cayó en los maizales o los matojos, no quebrándose al chocar por encontrar suelo blando en su caída. Creo que usted y los Allyson encontraron esta mañana uno de ellos, ¿no es cierto? Nos vieron buscarlo e imaginaron cosas. Por eso vino usted personalmente esta noche a nuestros oficios religiosos. Sabía yo que volvería, de todos modos. Su curiosidad era demasiado grande para no hacerlo. Sus emociones les pierden, todos los humanos son iguales. Excesivamente impulsivos y emocionales.

—Porque tenemos vida. Auténtica vida —repliqué—. No somos máquinas como ustedes, criaturas insensibles y frías llegadas de otros ámbitos.

—Lamentablemente, todo eso no va a servirle para salir de aquí esta noche.

—¿Qué pretende hacer conmigo? ¿Matarme?

—No, señor Sheybal —rechazó con indiferencia—. No necesitamos matar a nadie. Usted lo dijo antes, ¿recuerda? Preferimos *captar* la voluntad ajena, atraerlos hacia nosotros sin violencias...

—¡Oh, no, no! —rechacé aterrado—. ¡Convertirme en otro Chuck Morrow, no! ¡No quiero ser un autómatas en sus manos!

—No le queda elección. Es inútil cuanto proteste. Le aseguro que no es un método doloroso ni cruel. Usted no sufrirá.

—¡El dolor y el sufrimiento también significan sensibilidad y vida! No sentir nada es vivir muerto, hibernado. No deseo ese destino para mí, prefiero la muerte.

—Muerto no nos serviría de nada, señor Sheybal. Vivo, es un colaborador más de nuestra causa. No venimos a destruir la Humanidad, venimos a cambiarla, simplemente.

—Sí, lo entiendo. Reducirla a un mundo de autómatas, de gente que no piensa ni siente. Un mundo sin odios, pero también sin amor.

Sin el Bien ni el Mal. Sin sentimientos y sin pasiones, sin nada que nos diferencie de las máquinas. ¿Por qué, por qué vienen aquí, qué pretenden de nosotros?

Los azules ojos del Maestro me miraron con hermetismo total. Lo que pudiera pensar aquella fría mente inhumana me estaba vedado por completo. Era imposible traspasar aquella máscara de inexpresividad total.

—Pregunta demasiado —manifestó con calma—. Ha terminado la conversación, señor Sheybal. Es tarde, debemos descansar también nosotros. No tendremos sentimientos, como usted dice, pero nos agotamos fácilmente en este mundo suyo. Mañana será usted convertido a nuestra causa. Por el momento, descanse también. Es hora de reposo...

—¡No! —chillé airado—. ¡No quiero descansar, me niego a obedecer sus órdenes!

Fui un ingenuo. No podía rebelarme. Ni siquiera me dio ocasión de intentar algo. Le bastó con sujetarme férreamente con sus dos manos apoyadas en mis hombros, me miró con fijeza a las pupilas... y sentí que un extraño frío interior me invadía. Me quedé sumido en una especie de extraño sopor. Me sabía despierto, podía ver y oír, pero mi mente era como algo acorchado que se negaba a pensar o a sentir. Supe, de un modo inconsciente, que estaba hipnotizado por el extraño poder de aquel ser de otro mundo, nacido de un espantoso huevo gris de origen desconocido, unos óvulos que llovían del cielo y se fertilizaban en la Tierra, arrojados por una forma blanda y viscosa, de color rojo y palpitante vida.

Luego, ya no supe más. Me hundí en una inconsciencia total, confortable y profunda, donde yo no era nadie ni sentía nada de nada.

* * *

No tenía noción alguna del tiempo transcurrido.

Pero de repente, sentí que algo me despertaba. Miré en torno mío, sobresaltado. Creí soñar. El bonito rostro juvenil de Verity Allyson estaba ante mí, flotando en las sombras, dulce y atractivo.

—Verity... —susurré—. Es usted, Dios bendito... Seguro que sólo es un producto de esa maldita hipnosis...

Ella se llevó un dedo a la boca. Era una señal imperiosa de silencio. Me sorprendió. ¿Resultaba tan viva la imagen en el trance

hipnótico como para imaginar las cosas tan claramente, con tal realismo?

—No hable, no eleve la voz —me susurró ella—. Si nos oyen, estamos perdidos.

Era ella. Era su voz. Aquello no tenía sentido. Recordé mis últimos momentos de consciencia. Había sido dominado, sugestionado por el Maestro Mayor, por el siniestro Desmond Sindham. ¿Por qué ahora despertaba totalmente consciente, y Verity estaba allí conmigo? Era algo que no podía entender en modo alguno.

Miré otra vez a mi alrededor. Todo estaba oscuro, ignoraba incluso dónde me hallaba. Pero pude incorporarme sin dificultades del lecho donde hasta entonces había reposado.

—No entiendo nada —musité—. ¿Dónde estoy ahora, qué ha ocurrido?

—No sé lo que pueda haber ocurrido —me respondió en un murmullo—. Pero está usted donde yo me imaginaba: en el domicilio de esa secta. Creí que le tendrían prisionero, atado y amordazado y todo eso. Pero veo que está libre de ataduras...

—Ellos no necesitan ligar a nadie para tenerlo prisionero —expliqué—. Poseen otra clase de métodos mucho más eficaces y poderosos. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Como lo hacía de niña para meterme en cualquier casa ajena —sonrió infantilmente—. Entonces lo hacía para robar confituras de frutas y cosas así. Estaba muy preocupada por usted, por eso vine en su busca esta noche. ¿De veras no le ocurre nada?

—En efecto, estoy bien. Debieron hipnotizarme, pero usted me ha despertado bruscamente, y ha anulado el efecto de la hipnosis. Vámonos de aquí si aún es tiempo. Me sorprenderá que ellos nos dejen huir.

—No he visto a nadie en parte alguna. Parecen dormir todos en esta casa.

—Sí, dijeron algo de un reposo necesario... Se cansan demasiado en nuestro mundo —ella me miró perpleja, pero no había tiempo para aclararle nada. La tomé de la mano y añadí risueñamente—: Estoy en sus manos, Verity. Lléveme al exterior, si ello es posible.

Para mi sorpresa, fue posible. Poco después, estábamos ya fuera del recinto donde la secta llevaba a cabo su labor de proselitismo, y

caminábamos ambos por un Plain Meadows silencioso y desierto, como si todos sus habitantes hubieran muerto. Pero esa tétrica impresión tenía una explicación mucho más lógica y tranquilizadora: mi reloj marcaba las tres de la mañana, y a esa hora resulta razonable que la gente estuviera durmiendo en el mejor de los sueños.

Caminamos ambos a lo largo de la desolada calle mayor, en dirección al norte de la ciudad, donde ambos residíamos. La madrugada de agosto era ligeramente más fresca que el día, pero no demasiado. Miré al cielo estrellado y me estremecí.

—Y pensar que *ellos* vinieron de ahí, llovidos del espacio... —musité, para asombro de Verity, que caminaba a mi lado.

—¿Qué dice, Frank? —quiso saber.

—Nada. Se lo contaré a usted y a su tío, pero creo que van a tomarme por loco. Todo esto es tan fantástico, tan increíble... que yo mismo dudo ahora si lo soñé allá dentro, o realmente lo he vivido.

—Estuve indagando en el pueblo esta noche, cuando advertí que aún no había vuelto usted a su casa para cenar. Ya le digo que estaba inquieta. Me dijeron lo sucedido en el oficio religioso de la tarde, y me preocupé mucho. Estaba segura de que usted no se conformaría con eso y trataría de indagar cosas sobre esa gente. Veo que acerté.

—Gracias a usted, Verity, tal vez salve mi condición humana —suspiré—. Esa gente iba a convertirme en lo más horrible que un ser vivo e inteligente puede llegar a ser: un simple vegetal.

—No le entiendo... ¿Tanto es su poder? —se alarmó ella.

—No puede ni imaginarlo. Yo aún no lo sé todo, pero puedo anticiparle algo: no son humanos.

—¡Dios mío! —me miró asustada, pero para mi sorpresa, no parecía dudar de mi palabra—. ¿Qué son, entonces?

—Algo espantoso: criaturas nacidas de huevos sanguinolentos llovidos del cielo no sé cómo ni de qué origen. Llegan aquí esos óvulos grises, y ellos los incuban en una cámara especial, bajo la protección de una forma viviente de espantoso aspecto. Confesaron proceder de otro mundo, tal vez de un remoto planeta.

—Pero eso es alucinante, Frank. ¡Son invasores del espacio!

—Algo así. Sólo que quedan muchas cosas por esclarecer, Verity. Ignoro su origen real, la forma en que esos huevos llegan a la Tierra...

y, sobre todo, el modo de neutralizar su terrible poder, sus despiadados proyectos de dominio del mundo y control de la especie humana, no sé con qué objetivo final.

—Es como en los relatos de ciencia-ficción que a veces vi por televisión, Frank —susurró ella, sobrecogida—. Invasores de otros mundos... Pero no tienen formas horribles ni aspecto monstruoso...

—Si hubieras visto la horrible incubadora no dirías eso. Ellos pueden parecer humanos, pero no lo son en realidad. Esa sangre de los óvulos se materializa durante el periodo de incubación en un remedo grotesco de ser humano a pequeño tamaño, luego crece en otro período semejante, hasta convertirse en uno de ellos. Primero no tienen rostro, ni manos ni pies, son simples embriones de perfil humano, sólo eso. Después deben serles adaptadas formas que se asemejan a nosotros en rostro y extremidades. Pero ¿qué es su mente, qué naturaleza real es la suya? Da espanto sólo pensarlo, aun que no exista una respuesta.

—Según los relatos, siempre hay un platillo volante cerca, la nave espacial en que «ellos» acostumbran a llegar sin ser advertidos...

—No creo que esa nave exista —sacudí la cabeza con escepticismo—. De otro modo, los óvulos no se hubieran roto anoche en el aire y hubiese caído su contenido en forma de lluvia sobre mi casa y sus alrededores.

—¿Fue eso?

—Sí, fue eso según ellos. Algunos huevos quedaron intactos en el suelo. Fue el caso del que yo hallé junto a su casa, Verity.

—Dios mío, resulta espantoso... —gimió ella roncamente—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Primero, informar a su tío Héctor. Luego creo que debemos ir a ver al aguacil Foxley para denunciar los hechos.

—¿Le creerán?

—Me temo que no. No todo el mundo tiene su sensatez, Verity. Pero hay que intentarlo. Es preciso detener a esa gente antes de que sea demasiado tarde.

—Sí, pienso igual, Frank —asintió ella, preocupada.

Llegamos a su casa. Había luz encendida. Apenas salvamos la cerca, tío Héctor apareció ceñudo empuñando un pesado rifle de dos

cañones. Al reconocer a su sobrina, se tranquilizó.

—¿Eres tú? —su voz respiraba sosiego y alivio—. Iba ya en tu busca dispuesto a todo, incluso a volarle la cabeza a alguno de esos fanáticos. ¿Dónde estabas metida?

—Ya te lo dije: iba a saber qué le ocurría a Frank. Lo encontré en casa de los sectarios... prisionero en cierto modo.

—Cielos, vamos adentro y cuénteme todo eso, Frank —rogó él, impaciente.

Nos metimos en la casa, él aseguró bien la puerta y poco después le narraba la increíble historia delante de una confortable taza de café.

El rostro de Héctor Allyson estaba demudado al terminar yo mi relato. Me sorprendía cómo tío y sobrina aceptaban de buen grado mi relato, sin la menor incredulidad. Tal vez era su propia sencillez, su poca costumbre de mentir, lo que les hacía aceptar de buen grado mi palabra, así sin más.

—Es preciso hacer algo. Y ahora mismo —sentenció el granjero resueltamente.

—Sí, pero ¿qué? —sacudí la cabeza con desaliento—. No sabemos siquiera cómo combatirles, desconocemos su naturaleza, salvo que no son mamíferos y nacen de óvulos de origen desconocido...

Se puso en pie y comenzó a pasear nerviosamente, a grandes zancadas. Su gesto era duro y preocupado.

—La cuestión estriba en destruir esos óvulos antes de que nazcan más seres de la misma naturaleza —apuntó—. Pero, sobre todo, impedir que lleguen más a la Tierra.

—Eso sí tiene una lógica aplastante —admití—. Lo que me pregunto es *cómo* hacerlo, señor Allyson.

—Sí, claro. Ni siquiera sabemos la forma de llegar hasta aquí, pero parece deducirse que llegan por el aire, en plena noche... y de alguna forma ellos los recogen luego, para incubarlos en ese horrible lugar.

—Así es —confirmé—. Mi teoría es que, destruyendo la materia incubadora, esa horrible forma de vida gelatinosa, y evitando la llegada de futuros óvulos, habríamos cerrado su puerta de entrada en nuestro mundo, pero no veo la forma de llevarlo a cabo.

—Iremos a ver cuanto antes a Foxley —decidió tío Héctor—. No es que confíe demasiado en su inteligencia ni en su imaginación. Tal vez incluso nos tome a todos por locos, pero tendrá que hacer algo ante una denuncia formal, empezando por registrar de arriba abajo toda la mansión de esos falsos sectarios. Encontrar la incubadora sería la gran evidencia.

—No creo que ellos permitan tal cosa. Es evidente que tienen poderes mentales muy concretos, una fuerza parapsicológica muy superior a la de cualquiera de nosotros. En el mejor de los casos, si Foxley nos cree... no adelantaremos otra cosa que meternos tal vez todos en la boca del lobo, y ser convertidos por esa gente en dóciles autómatas.

—Entonces, ¿qué sugiere? —se desalentó Allyson, dejando caer su recia humanidad en la silla, que crujió bajo su peso.

—Espere un momento. —Traté de pensar, recordando algo que había sucedido aquella misma tarde, antes de entrar por vez primera en el recinto de los Siervos del Dios Vengador—. ¿Qué me dicen de Eneas?

—¿Eneas? —Héctor arrugó el ceño—. ¿Se refiere sin duda a Eneas Philbrook, ese pobre chiflado? No conozco a otro de ese nombre en Plain Meadows...

—Si, a él me refiero. Esta tarde le vi en la cantina. Volvió a escapar de mí, como hiciera la primera vez, anoche mismo en mi casa. Estaba merodeando poco antes de producirse la lluvia de sangre. Pues bien, hoy le he visto de nuevo. Iba quemado. Como yo, pero en mayor proporción. Rostro y ambas manos. Sospecho que gran cantidad de esa lluvia sangrienta le alcanzó, abrasando su piel. Pero escapó sin querer confesarlo, sumamente asustado.

—Ese pobre diablo es siempre igual. Asustadizo, cobarde, tan curioso como torpe... No le sacaré nada siendo usted un forastero. Yo le preguntaré, tal vez consiga que hable.

—En realidad, dijo algo. Entonces me intrigó. Ahora me pregunto si no significará mucho más de lo que imaginé en principio.

—¿Qué fue lo que dijo Eneas?

—Mencionó el cañaveral. Dijo que no había visto nada en el cañaveral. Y escapó a todo correr.

—El cañaveral... —las cejas hirsutas del granjero se arquearon,

mirándome—. Hay uno tras de su casa, Sheybal.

—Lo sé —asentí—. Allí debió caer sangre del cielo, dada su proximidad a mi vivienda, estoy seguro. Y anoche, Eneas estaba escondido allí, huyendo de mí. Podría jurarlo.

—Yo también. ¿Qué cree que vio ese desdichado?

—No lo sé. Tal vez el modo de llegar esos óvulos hasta nosotros. Tendría cierta lógica. Sindham habló de un fallo, un error que provocó la rotura de muchos de esos horribles huevos en el aire, causando la lluvia roja. Después, Eneas ve «algo» en el cañaveral. Algo que le asusta mucho, cuando se ha quemado con la lluvia como me quemé yo mismo. Si supiéramos lo que es...

—Propongo una sugerencia —terció ahora Verity con su habitual decisión—: ¿Por qué no vamos ahora mismo a visitar ese cañaveral?

Su tío y yo cambiamos una mirada de perplejidad. Era una sugerencia audaz, aunque quizás inútil. Pero valía la pena intentarlo.

—Dentro de poco amanecerá —suspiró tío Héctor consultando el reloj de pared—. Creo que si vamos a hacer lo que dice Verity, tendremos que darnos prisa. E ir armados, claro.

—No sé si las armas convencionales servirán contra esa gente —dudé—. Pero se puede intentar.

CAPITULO VII

El cañaveral estaba desierto y silencioso, como era de suponer.

La suave brisa cálida de la madrugada, mecía con un crujido leve y susurrante la densa jungla de cañas que se cimbreaban ante nosotros, en torno a una pequeña charca de aguas oscuras y fangosas. Por encima nuestro, el cielo estrellado era una enorme bóveda oscura, que parecía imposible pudiera haber vomitado sobre nosotros un horror tan espantoso.

Héctor Allyson empuñaba con fuerza su pesado rifle, yo llevaba un revólver calibre 38 que él me había facilitado, y hasta Verity se armaba con una pequeña carabina que podía hacer mucho daño a corta distancia, aunque yo ignoraba si sería tan eficaz con Sindham y su gente.

—No parece que haya nada misterioso aquí —señaló Verity, defraudada—. Ni rastro de una nave interplanetaria, diría yo.

—Puede estar bajo tierra —señaló su tío—. A veces he leído cosas así.

Yo moví negativamente la cabeza.

—No parece probable que una nave se hunda en ese terreno sin dañar a las cañas en absoluto, a menos que sea incorpórea —comenté acercándome al denso muro del cañaveral.

Me siguieron ellos dos. Héctor Allyson miraba en derredor constantemente, con el rifle en ristre, dispuesto a apretar el gatillo en cualquier momento. Pero no se veía nada ni a nadie que pudiera servirle para blanco.

Unos dormidos pajarillos salieron de estampida cuan do entré en el cañaveral, sobresaltando al tío de Verity, que a punto estuvo de hacer tronar su arma. Se alejaron, con chillidos de protesta. Luego, la calma volvió a enseñorearse de la oscura zona.

Sólo oía el crujir de las cañas en torno mío, al moverlas a un lado y otro para ir escudriñando el terreno con la lámpara que habíamos traído de la granja, ya que la mía se había quedado en casa de los miembros de la secta.

La claridad de la lámpara reveló huellas en el blando terreno húmedo y pantanoso, cerca de la charca. Eran pisadas humanas. Podían ser de Eneas, de los extraños seres o de cualquier otro. Por sí solas no decían nada de nada.

Nos detuvimos ante la charca, justo en su orilla, donde morían algunas de aquellas pisadas. Contemplé pensativo la superficie oscura del agua, donde se reflejaban las estrellas pálidamente.

—¿Es muy profunda la charca? —indagué.

—No, no mucho —negó Allyson—. Todo lo más que puede hundirse en ella es hasta la rodilla, muchacho.

Asentí. Y, ni corto ni perezoso, me adentré en el agua fangosa. Como él decía, nunca me sobrepasó su nivel el de mis rodillas. Caminé pesadamente por el agua, sintiendo el suelo blando y cubierto de hierbajos debajo de mis pies. Por fortuna, no eran tierras movedizas aquéllas.

—¿Qué busca exactamente? —se interesó el tío de Verity.

—No lo sé —confesé—. Se me ocurre que si Eneas vio algo aquí, pudo ser en esta charca y no precisamente entre esas cañas que apenas si permiten pasar a una persona.

Verity se había metido también tras de mí, sin importarle demasiado el barro. La oí quejarse al tropezar con algo bajo el agua. Se agachó, con gesto dolorido.

—¿Qué le ocurre? —pregunté—. ¿Se ha hecho daño?

—Un poco. Debe haber un enorme peñasco ahí abajo.

Sacó una pierna del agua. Vi su pantalón de dril cortado a la altura de media pantorrilla, que sangraba ligeramente. Era un corte limpio, horizontal. Arrugué el ceño.

—Espere —dije, yendo rápido hacia ella—. Una piedra haría un corte más irregular que ése. Da la impresión de que hubiera tropezado con algo rectangular, cuyo borde hiere... Posiblemente algo metálico.

Ella meneó la cabeza, limpiándose la herida con un pañuelo.

—Es posible —admitió—. Sentí un golpe como de un borde cortante, duro.

Me agaché en el fango, hurgando bajo la superficie. Lo encontré.

Era una forma rectangular, como un cofre de hierro. Rocé la superficie metálica, lisa, sin clavos ni cerraduras. Pesaba bastante. No pude sacarla del fondo.

—Juraría que es una caja —dije a Allyson— ¿Quiere ayudarme?

Mis fuerzas, unidas a las del fornido granjero, dieron resultado ahora. Sacamos entre ambos, trabajosamente, una pesada caja rectangular, de color oscuro. Me excitó advertir el tono gris de aquel metal. Recordaba demasiado al de los huevos llegados de no se sabía dónde. Una vez fuera, chorreando agua y matojos del fondo, reveló lo que ya antes había sospechado. Era hermética, no ofrecía fisuras ni cerraduras. En suma, ni siquiera era realmente una caja, sino un bloque de metal parecido a una arqueta o caja fuerte. La depositamos en la orilla, contemplándola absortos.

—Juraría que esto tiene un gran valor para alguien —comenté—. Es un presentimiento, Allyson. Tal vez esta maldita forma de metal sea la clave de todo.

—Quizás, pero no parece ser precisamente una nave espacial —apuntó Verity, decepcionada, aferrada siempre a su idea fija sobre los métodos de transporte interplanetario con que se había familiarizado en los libros y en la televisión.

—Yo no diría que *ellos* necesiten nave alguna en concreto para llegar a la Tierra y aposentarse en ella. Les bastaría dos cosas —enuncié—. La primera, que un solo óvulo gris llegue a este planeta. La segunda, que llegue esa materia viva que hace de madre o nodriza, la gelatina que incuba criaturas humanoides.

—¿Y usted piensa que esa simple caja...? —señaló Allyson, dubitativo.

—Ni siquiera es una caja. Pero tiene que ser algo relacionado con ellos, no sabemos qué.

—Yo descubriría eso abriéndola de alguna forma —sugirió con énfasis el granjero—. Y no se me ocurre otra cosa que ésta.

Antes de que pudiera preverlo, él se echó el rifle a la cara y disparó a bocajarro contra el raro hallazgo por tres veces consecutivas. A aquella distancia, las balas de un Winchester podían hacer mucho daño, sobre todo si el metal era lo bastante blando, cosa que ocurrió en este caso.

Los proyectiles disparados por el granjero abrieron tres boquetes en la superficie de la aparente caja.

E inmediatamente, se produjo lo impensable.

Una terrible llamarada brotó del bloque rectangular, y todo en torno nuestro fue invadido por una incandescente luz roja, que parecía llegar del mismo infierno, tiñendo el cañaveral todo de un resplandor capaz de rivalizar con una aurora radiante.

De aquello que parecía una caja, escaparon sonidos sibilantes, el suelo tembló bajo nuestros pies, y retrocedimos a toda prisa, contemplando sorprendidos y sobrecogidos la extraña reacción del misterioso objeto a los disparos de Héctor Allyson.

—Dios, ¿qué es lo que he hecho? —jadeó éste, des concertado, contemplando con horror el resultado de su acción.

—No lo sé, pero algo sucede ahí dentro —señalé, sombrío—. Creo que acaba usted de liberar una fuerza terrible... o de destruir algo de un valor incalculable para alguien.

Así era. Apenas nos habíamos alejado unas yardas, el objeto estalló en mil pedazos, formando una auténtica bola de fuego que se extinguió rápidamente. Nos quedamos callados, inmóviles, realmente impresionados por el suceso.

—Fuese lo que fuese, ya no existe —sentenció Verity, abrazada a mí casi sin darse cuenta ella misma de lo que hacía.

—Me pregunto para qué servía ese recipiente metálico que poseía semejante fuerza en su interior... —comenté.

Y de inmediato, el fenómeno se reprodujo ante el pasmo de mis compañeros de aventura.

Del cielo estrellado y oscuro, comenzó a llover sangre sobre nosotros.

El fenómeno duró escasos momentos, mientras yo me protegía de él lo mejor posible, y cubría con mi propio brazo la cabeza y rostro de Verity para que no sufriera quemaduras.

—¡Cuidado con la piel, Allyson! —le avisé a tío Héctor—. ¡No se deje mojar por ese líquido, quema como una brasa!

Se tapó con su sombrero de paja y ocultó las recias manazas entre las cañas. Del cielo nocturno, sin nube alguna, siguió lloviendo líquido rojo. Cerca de nosotros, algo golpeó el cañaveral por tres o cuatro veces. Corrimos hacia allá.

Hasta cinco huevos grises vimos, dos de ellos rotos al estrellarse en unas piedrecillas, derramando sangre por el terreno. Otros tres

estaban intactos, al haber golpeado en los hierbajos.

—¡Óvulos de esos malditos! —clamó Allyson, indignado.

Y su recia bota pisoteó los objetos ovoides, aplastándolos en el suelo, con una repugnante erupción de sangre espesa, que se deslizó bajo sus pies. Verity retiró la mirada con horror. La abracé contra mí, pero yo sí era consciente de lo que estaba haciendo. Me gustó sentir su cuerpecito estremecido junto al mío.

—Calma, calma, Verity —pedí suavemente, acariciando sus cabellos—. Es preciso hacerlo, esos óvulos significaban más invasores...

—Ha llovido sangre otra vez al romperse esa caja —señaló Allyson—. ¿Qué cree que significa eso?

—Lo ignoro, pero tengo una cierta idea. Sindham habló de un fallo anoche, al llover sangre por primera vez. Ese fallo tuvo que venir de esa caja o lo que fuese. Hoy, al destruirla, provocamos otro fallo parecido y, con él, la caída de huevos pulverizados y de otros enteros. Era evidente que venían por el aire hacia aquí. Al destruirse la caja de metal, se desplomaron. Creo que ese objeto que usted acribilló, Allyson, podía ser muy bien el receptor de las remesas de óvulos para fertilizar aquí en la Tierra.

—Si fuera así, su destrucción significaría...

—Significaría, Allyson, que ha cerrado usted la puerta a la invasión. Y eso va a pagarlo tanto usted como sus amigos...

Nos volvimos sobresaltados al oír la voz amenazadora. Por desgracia, todos habíamos dejado las armas en tierra al producirse la lluvia roja tras la explosión del objeto metálico.

El alguacil Sterling Foxley nos estaba encañonando con un potente rifle. Vi en sus ojos aquel frío y vidrio so aspecto que tenía la mirada de Chuck Morrow y otros adeptos a la secta; la misma carencia de expresión humana y de emociones que todos aquellos que eran «captados» por Sindham y sus secuaces.

Detrás de él, por si había alguna duda, venían el propio Sindham y hasta una docena de individuos vestidos de gris, pálidos y herméticos, helados y distantes, moviéndose con aquel aire mecánico que tenían todos los «extraños» de Plain Meadows.

—Destruídeles —ordenó duramente el Maestro Mayor—. Han aniquilado nuestro transportador de materia, la terminal de llegada de

nuestros óvulos y materia madre. El castigo a ese crimen no puede ser otro que el aniquilamiento de todos ellos. Dispare, Foxley. Dispare. Es una orden.

El alguacil, dócilmente, se dispuso a obedecer.

* * *

En los breves instantes, en aquellas fracciones de segundo que separaban nuestra vida de la muerte, mil reflexiones desfilaron ante mi cerebro con la vivida impresión que sin duda ofrecen las cosas en el momento supremo en que uno se enfrenta a su final.

Las palabras del invasor eran reveladoras. Transportador de materia. Terminal de llegada.

Era eso. No necesitaban fastuosas naves del espacio, ni míticos platillos volantes ni todo lo que el vulgo imagina relacionado con invasores de otros mundos. Ellos usaban un método simple, silencioso, invisible: transmisión a distancia de la materia.

Desde cualquier mundo, desde el más remoto confín galáctico, bastaría con una terminal en la Tierra y un mecanismo impulsor en su punto de origen, para que todo arribase a nuestro planeta en instantes, sin ser visto ni percibido. Así llegaban los óvulos para su incubación. Un fallo en la proyección de materia provocó la noche anterior el estallido de infinidad de huevos de aquellos en el aire, al materializarse antes de su punto de llegada que era, sin duda, el propio lecho de la charca en el cañaveral. Ahora, al ser destruido el receptáculo de aquella terminal, se había repetido el fenómeno, al sorprender a los objetos en proyección justo sobre nuestras cabezas.

Pero descubrir ahora todo eso, ya no servía de nada. Foxley, el alguacil, era uno de los sometidos al poder hipnótico de los extraños seres, y eso significaba que nos cosería a balazos por orden de Sindham, en castigo por haberles desprovisto de su único medio de penetración en el planeta Tierra.

Nosotros tres, encogidos, nos quedamos mirando a los miembros de la falsa secta, con sus caras pálidas, sus azules ojos vacuos y su expresión hermética de imitaciones deshumanizadas, de copias infrahumanas de nosotros mismos...

Foxley apretaba ya el gatillo lentamente, a punto de hacer vomitar proyectiles a su potente rifle.

Verity, a mi lado, vaciló, le flaquearon las piernas, acaso por el

pánico, y se dobló hacia atrás, golpeando el muro de cañas.

Una de éstas chascó, quebrándose bajo su peso, y se dobló, cayendo sobre la inmediata. Por unos instantes, ambas formaron una tosca cruz junto a nosotros.

Fue increíble lo que sucedió de inmediato.

Foxley, en vez de disparar, gritó, cubriéndose los ojos y arrojando su rifle, como si algo le deslumbrara. Retrocedió tambaleante, y todos vimos, con estupor, cómo una forma flamígera se marcaba en su frente, abrasándola y haciendo brotar humo de ella, al grabarse a fuego en su carne.

¡La forma de una cruz!

Los que le acompañaban también reaccionaban ahora extrañamente. Retrocedían cubriéndose los ojos. Su faz estaba más lívida y desencajada que nunca, sus pupilas azules, en el fugaz momento en que me fue posible verlas, reflejaron al fin alguna emoción, algún sentimiento.

Esa emoción era el terror. Ese sentimiento era la impotencia ante algo que les sobrecogía y dominaba...

¡La Cruz!

—Dios mío, no es posible... —susurré, volviéndome hacia el cañaveral, donde ya las dos cañas cruzadas comenzaban a separarse, dejando de formar aquel aspa momentánea.

Rápido, llevado por un presentimiento atroz, por una idea delirante pero quizás cierta, corría a esas cañas, arranqué la que Verity había roto casualmente, luego hice lo mismo a viva fuerza con otra, y tomando ambas cañas, una en cada mano, las alcé y superpuse perpendicularmente, delante mismo de todos ellos, formando una perfecta, nítida cruz.

El resultado fue el que yo preveía. Su retroceso se hizo más violento, más precipitado. Foxley se revolcaba en tierra, aferrándose la frente abrasada. Uno de los pálidos sectarios exhaló un aullido casi animal... ¡y comenzó a descomponerse ante nosotros, a disolverse su carne pálida en una especie de gruesos goterones de cera viva!

—Pero Dios, ¿qué ocurre, Frank? —sollozó Verity, aterrada, ante aquel dantesco espectáculo.

—Ahora sé *toda* la verdad... —respondí, frenético» agitando la

improvisada cruz ante mis enemigos—. Ahora sé que ellos, además de invasores de otro mundo... son otra cosa más... ¡Son VAMPIROS, Verity!

CAPITULO VIII

Vampiros, sí.

Eran vampiros. Seres fríos y deshumanizados, llega dos acaso de un sombrío mundo de seres de ultratumba. Tal vez criaturas de la oscuridad de un infierno interplanetario, de una remota galaxia vecina del mismo infierno. Enviados de Satán que viajaron por los espacios cósmicos en forma de óvulos repletos de sangre...

Sangre.

Era la clave de todo. Lo había sido desde un principio, y yo nunca me di cuenta de ello. Ahora, en aquellos fugaces momentos, en aquel trance en que mi presentimiento había resultado cierto y una simple cruz hecha de cañas podía vencer a las formas del Mal, yo entendía muchas cosas y me maldecía por no haberlas descubierto antes.

Su sangre no era sangre humana, sino una hemoglobina creada por ellos artificialmente. Una vez incubados y hechos remedos de criaturas humanas... no podían matar a los terrestres, sino esclavizarlos. ¿Por qué?

Porque necesitaban su sangre para seguir viviendo. Vampirizaban a sus fieles, eso siempre estuvo claro. Hipnosis de vampiro sobre su víctima. Una vieja leyenda transilvànica hecha realidad a escala planetaria. Podían soportar la luz diurna sin problemas; ésa era la diferencia. Pero en cambio, no soportaban la presencia de la Cruz.

Ellos predicaban, realmente, contra el propio concepto de Dios, al difundir su credo de un Dios cruel y despiadado, un Dios al que los humanos podían llegar a odiar y no a amar. Era su propósito. Destruir la fe, destruir el concepto divino del Bien. Dios era su enemigo, la Cruz era el símbolo temido. No había cruces en su templo, ni las había en su morada. Como en la vieja leyenda, la Cruz era el gran Enemigo del Vampiro. No importaba de dónde vinieran. De la Tierra o de otro planeta, eran criaturas de muerte, de infierno, de sed de sangre. Endemoniados de ultratumba, invasores de otro mundo, sí. Del mundo de los muertos que no descansan. Ellos mismos eran cadáveres, ya antes de germinar de sus odiosos óvulos llegados a través del Cosmos.

Allí, ante nosotros, el apocalipsis de los vampiros espaciales tenía lugar bajo la sombra luminosa de la Cruz que yo esgrimía, como única arma, como increíble e insospechada arma contra ellos, los que parecían más fuertes, más poderosos que nadie...

Verity, abrazada a mí, lloraba y reía de gozo, al ver convertirse ahora a todos aquellos monstruos helados en simples restos

humeantes, en formas derretidas y repulsivas, que finalmente eran simple sangre licuada, luego polvillo azafranado... Todo lo que quedaba ya de los orgullosos seres llegados de la oscuridad remota de los planetas desconocidos, de un rincón siniestro del espacio, para dominar la Tierra y convertir al Hombre en su fuente de nutrición eterna...

—Calma, querida —murmuré, besándole los cabellos—. Todo ha terminado ya... Creo que ahora podré disfrutar de mis vacaciones en Plain Meadows... cerca de ti, Verity.

—Frank... —me miró tiernamente—. Eso es maravilloso...

Asentí. Sí, ahora todo era maravilloso. Nunca podríamos relatar lo sucedido a nadie. Destruiríamos con la misma cruz los demás óvulos, a los restantes sectarios de traje gris, a la materia-nodriz del sótano. Pero nadie, nadie en el mundo, creería nunca nuestra historia, de modo que sigue aún oculta. No vale la pena pasar por loco. Ni el granjero Héctor Allyson, ni su sobrina ni yo pensamos hacerlo.

La historia de la invasión espacial de Plain Meadows, de la llegada y exterminio de los vampiros de otra galaxia, será siempre desconocida por el mundo. Después de todo, es ya algo pasado.

Hoy en día, yo vivo en Plain Meadows felizmente, cultivando una granja junto a mi esposa Verity, y ambos intentamos olvidar, aunque a veces no es del todo posible.

FIN

(1) Plain Meadows, en inglés, significa Prados del Llano. El autor usa aquí un pueblo de Iowa imaginario por completo, aunque igual a tantos otros de dicho estado (N. del E.)